

E. Pinilla de las Heras

Investigación sobre los inéditos políticos de
miembros del grupo LAYE, Barcelona, 1949-1956.

I.

I n t r o d u c c i ó n g e n e r a l .1. 1. - Justificación de este trabajo.

Hay tres causas materiales inmediatas que han actuado, sobre quien esto escribe, como un estímulo para plantearse la necesidad de realizar un estudio de la naturaleza del que se ofrece ahora al lector.

1).- La cantidad de ensayos, artículos, e incluso alguna tesis doctoral, que desde 1968 a 1987, tanto en España como en países extranjeros, han tomado como objeto, bien el llamado "Grupo Laye", bien algunos de sus miembros integrantes.

2).- Una investigación en mis propios archivos, sobre textos y documentos del periodo de la dictadura franquista, en particular desde 1947 a 1959 (es decir, desde el primer Referéndum organizado por aquel régimen hasta el Plan de Estabilización que le dió una continuidad y seguridad económicas), periodo hoy mal conocido, pobremente historiado en el nivel micro, pero portador de enseñanzas de gran interés histórico, como espero poder demostrar en las páginas de este texto. Tal investigación en mis archivos fué consecuencia de una petición en 1983 de la Universidad de Alicante para una obra colectiva que debía titularse "España: visiones de conjunto" (Prof. Benjamín Oltra, compilador), obra que quedó inédita y para la cual yo debía contribuir con un exámen y relectura de textos, sobre todo míos, pero también de otros miembros del que había sido Grupo Laye, que estaban todavía inéditos, o que habían sido publicados con pseudónimos, o en la clandestinidad. †.

3). - La enorme resonancia intelectual que ha tenido desde mediados de 1987, en el mundo anglosajón, el inicio de la publicación en Londres de las Obras Completas de Simone Weil (en traducción al inglés). Pues acontece que el Grupo Laye fué el pionero en España y en el mundo de habla hispana, y concretamente en Barcelona, ya a principios del decenio de 1950, en el conocimiento, exé-

Nota
al pie

† (+) - La obra colectiva citada ha sido finalmente objeto de publicación en 1988 por el Instituto de Estudios Juan Gil Albert, Alicante, y contie-

ADICIÓN NOTA AL PIE DE LA PAG. 3

-ne estudios de (por este orden), Ignacio Sotelo, Amando de Miguel, Esteban Pinilla de las Heras, José Luis Aranguren, José María Tortosa, Francisco Murillo Ferrol, Johann Galtung, y Benjamín Oltra. Esta publicación ha llegado a mis manos demasiado tarde para poder corregir, en el presente texto, algunas frases que proceden de mi contribución original de 1984 enviada a Alicante, y que se repiten, casi textualmente, en la actualidad. Por fortuna se trata de duplicaciones de pocas líneas.

-gesis, y crítica, de las primeras obras editadas en el original francés, de las que era autor aquella moralista, combatiente política, mujer y pensadora de unas cualidades singulares, que fué Simone Weil. Manuel Sacristán y Gabriel Ferrater publicaron en Laye extensos comentarios a las primeras ediciones (obviamente, póstumas) de los escritos de Simone Weil, e incluso Laye llegó a anunciar la confección de un número monográfico dedicado al estudio de los textos de quien ya entonces era juzgada como una de las grandes figuras intelectuales europeas en los tormentosos años que condujeron a la Segunda Guerra Mundial. Ese número de Laye no llegó a publicarse, y solamente en parte se conservan en mis archivos algunos escritos de Manuel Sacristán que hubiesen podido contribuir a él. Las circunstancias de la censura española de aquel periodo tampoco hubiesen permitido la edición de un tal volumen. De lo que hay que dejar constancia es de que hubo un grupo de intelectuales barceloneses (unos, catalanes de nacimiento; otros, de adopción) que se percataron de la trascendencia del hecho intelectual e histórico, con varios decenios de antelación a lo acontecido después en el ámbito cultural anglosajón. Por ello, esta prioridad barcelonesa merece ser destacada, y es necesario además profundizar en ella.

Estos tres estímulos materiales inmediatos se entretajan con una motivación personal de alcance más general y ambicioso, que me parece no menos legítima y portadora de su justificación propia. Se trata de la voluntad de no dejar morir en el olvido histórico un haz de trabajos dispersos que, durante unos años, tuvieron primerísima importancia intelectual (e incluso política) en la vida cultural de Barcelona en aquella época, y que fueron trascendentes a diversos aspectos de la política española que culminaron en los sucesos de 1956 en Madrid (primera crisis interna grave del Régimen franquista desde finales de la Segunda Guerra Mundial).

Pues Laye no fué una publicación meramente literaria (como pueden sugerir algunos estudios parciales). Laye estuvo en el centro de numerosos debates políticos. Y además los miembros de Laye

orientados de un modo más preciso, definido, y técnico, por los problemas políticos, produjimos una cantidad de escritos que, dadas las circunstancias de la dictadura franquista, eran impublicables, pero que conservan sus valores y su interés para quien sepa leerlos. Escritos que no se agotaban en la lucha política del momento, y que, como se verá luego, así como por los extractos incluidos en Apéndice, plantean temas permanentes en la reflexión política. Escritos que tienen por tanto, según pienso, un interés para quienes, en las jóvenes generaciones actuales, tornen a asumir el combate de la razón contra la superstición, la idea de la política como servicio a la colectividad en vez de como oportunidad para demagogos o charlatanes.

Esta motivación de rescatar del olvido histórico, y más exactamente de la muerte histórica, trabajos que requirieron un gran esfuerzo personal, aunque produjesen parvos rendimientos espectaculares, debe ser vista asimismo como una manera de participar en la construcción de una memoria histórica, la cual es muy necesaria en nuestros días como correctora del espontaneismo y de la improvisación características de tantas acciones en este país. Precisamente uno de los rasgos propios del modo de trabajo de no pocos universitarios, intelectuales, y profesionales liberales, barceloneses, ha sido esta exigencia de rigor y de constante contrastación históricas.

Quien vive sólo de , y en, el presente, es incapaz de entender el presente.

1. 2. - Alcance y límites.

De lo dicho hasta ahora se infiere claramente que lo que me propongo en este estudio no es el comentario, crítica, o reescritura, de los análisis que ya han sido hechos por autores españoles y extranjeros, añadiendo una nueva interpretación a la existencia y testimonios dejados por gente del Grupo Laye. Es la dimensión

política la que aquí importa. Esta dimensión ha sido tocada únicamente en sus aspectos más generales (el Grupo Laye como oposición a la ideología político-religiosa del franquismo) por Gino Germani, por J.F. Marsal, Barry Jordan, o Laureano Bonet. Ninguno de estos autores, empero, tenía al Grupo Laye como objeto específico de su estudio (con la excepción de L. Bonet, excepción condicional ya que su análisis se inscribe en una perspectiva más general de la literatura española). Germani estaba interesado en un estudio comparativo de las juventudes rebeldes al fascismo en Italia y en España. Su discípulo, J.F. Marsal, tomó para su colección de Life histories a intelectuales de otras partes de España y colaboradores de otras publicaciones, y además mezcló las biografías con una temática ideológica más amplia (y de aquí el título de su libro: "Pensar bajo el franquismo"). Barry Jordan tenía asimismo una perspectiva más extensa, en este caso literaria. Ninguno de estos autores ha tenido acceso a los inéditos de carácter político, aunque sí pudieron identificar a los autores de textos publicados bajo pseudónimo, fuesen estos pseudónimos usados en forma legal, o en la clandestinidad, o en el extranjero. En fin, las referencias propiamente políticas al Grupo Laye en libros de Memorias (por ejemplo, las Memorias de Carlos Barral) son solamente episódicas.

La centralidad del tema político no excluye tratamientos, sobre todo sociales, que le son conexos. Los tres principales autores de textos políticos, a saber, Juan-Carlos García Borrón, Manuel Sacristán, y yo mismo, no éramos profesionales de la ciencia política. Por consiguiente, no es un análisis académico el que sería aquí pertinente. Constantemente están apareciendo motivaciones, referencias, e incluso temáticas, filosóficas, sociológicas, morales, y otras más difíciles de definir en sentido restricto y pertenecientes a la historia de las ideas. A menudo los temas políticos aparecen en textos redactados con otra finalidad y bajo títulos no políticos. Este es el caso, particularmente, de muchos de los artículos escritos por García-Borrón y por Sacristán para la

.../...

gran 'Enciclopedia Política Argos' (1949-1954) que debía editarse en Buenos Aires, si bien la mayor parte de la redacción se hallaba en Barcelona, Enciclopedia que quedó inconclusa e inédita.

Ahora bien, la cantidad de inéditos es tan grande, que es preciso proceder a una selección. Esta criba ha de hallarse orientada por unos criterios. Por ejemplo: carece en la actualidad de interés que yo haga referencia a opiniones convencionales y que pueden encontrarse en cualquier libro de Historia de las ideas políticas, versando sobre Bacon, o sobre Locke, o sobre Benjamín Constant, si tales párrafos no aportan cosas significativas para los lectores de hoy, o no son portadores de alguna idea original, o no tienen alguna conexión con la lucha política del momento bajo la dictadura franquista (sirviendo, en este último caso, para iluminar indirectamente aspectos que merecen ser recordados o exhumados nuevamente).

Dado que el Grupo Laye era un grupo de jóvenes intelectuales unidos por fuertes vínculos generacionales y locales, pero no era en modo alguno un grupo de profesionales políticos, había en su seno muchas discusiones políticas que eran gratuitas y que no constituían el estadio previo para una acción política. En estas condiciones sería erróneo suponer una unidad de pensamiento político. Los textos, párrafos, etc., a seleccionar, deben contribuir más bien a trazar unos ciertos perfiles políticos que, considerados a posteriori, a casi 40 años de distancia, resultan de interés no meramente biográfico. Este tipo de interés actual deriva de que se trata de escritos, incluso los de carácter parcial (no propiamente políticos), o los de extensión breve, que poseen alguna o varias de las características siguientes:

a) - Revelan unas actitudes mentales o unos comportamientos que se repiten cíclicamente en ciertas minorías de las generaciones jóvenes en cada nuevo periodo histórico. En este sen-

.../...

-tido, algunos jóvenes que en el presente puedan creer que sus actitudes o sus ideas son algo absolutamente sin precedentes, algo radicalmente nuevo en la experiencia histórica, verán corregida su perspectiva y enriquecido su conocimiento.

b) - Conciernen a aspectos y problemas de la vida colectiva que reaparecen asimismo periódicamente, o que son reconocibles como tales problemas aunque se presenten bajo formas nuevas. En este caso, se trata de cuestiones que no se resuelven, o de errores que se repiten, o de modos de acción que son relativamente permanentes y que son susceptibles de exámen crítico; y por tanto, los escritos que hagan referencia a ese material empírico, continúan teniendo una actualidad.

Las características enumeradas a) y b) son sumamente particulares y concretas, la primera en el tiempo (la referencia generacional, la minoría juvenil políticamente orientada), la segunda en el espacio (la recurrencia de problemas colectivos irresueltos; la repetición de modos de acción erróneos, irracionales, etc., típicos de este país).

Si nos alejamos de lo particular y de lo concreto, hay otras características que, si bien más generales y más abstractas, merecen ser retenidas para la selección.

c) - Aquellas que hacen referencia al sistema capitalista y que no han perdido su vigencia.

d) - Las que reenvían la reflexión a las relaciones entre sistema económico capitalista y sistemas políticos, o en otros términos más generales, a la relación entre burguesía y Estado.

e) - Las que plantean cuestiones que son perennes en la experiencia y en el espíritu humanos, en sus dimensiones políticas y morales, porque conciernen una cierta idea del hombre y de la historia, y por consecuencia, de la libertad y de la responsabilidad. Este último nivel es el más general y abstracto de todos. Dado que nos hallamos, con todo, en una época orgánicamente asociada y fami-

-liarizada con los planteamientos hechos en lenguaje general y abstracto, es posible que estos textos resulten en definitiva concordantes con mucha de la literatura actual.

El estudio que aquí se propone no puede limitarse a los escritos inéditos que hayan sido seleccionados según las características que acaban de ser enunciadas. En los casos en que sea necesario trataré de mostrar la coherencia con lo que quedó ya publicado en su día.

Queda otra cuestión previa por resolver. Esta concierne al colectivo mismo de autores a seleccionar. Mi criterio ha sido restrictivo. Estimo que no toda persona que alguna vez escribió en Laye posee, por ese solo hecho, la condición necesaria y suficiente para ser tenida como componente del grupo. Aunque éste no era un grupo formalmente establecido, y aunque había no pocos jóvenes que alternaban episódicas participaciones en las reuniones con ausencias que ellos mismos se abstendían de justificar, de estos dos hechos no ha de deducirse una indefinición del grupo, y mucho menos cuando nos situamos en la dimensión política. A diferencia de la metodología seguida por el Prof. J.F. Marsal, creo que aquí lo que importa es más el contenido de los textos que las personas mismas.

Asimismo por razones conexas con las que vengo exponiendo, no resulta pertinente extenderse más allá (o más acá) de los límites temporales del propio grupo. Todos nosotros hemos publicado muchas cosas después de 1956. Algunos colaboradores permanentes en Laye ingresaron en partidos políticos en la clandestinidad. Otros fueron (o fuimos) a vivir en países extranjeros. Las ideas y los trabajos de ese periodo ulterior constituyen otra historia.

1. 3. - La descripción de las circunstancias.

Dado que este estudio pretende situarse en los antípodas del formalismo y de la intemporalidad estética, ha de ir precedi-

-do de un exámen de las circunstancias políticas, sociales e intelectuales que rodearon la actividad del grupo. Los elementos de tal entorno histórico fueron en muchos casos motivadores directos de una reflexión, de una crítica bibliográfica, o de un manifiesto clandestino. Es, pues, necesario, descomponer ese entorno histórico en sus aspectos tanto sincrónicos como diacrónicos. No basta recordar que aquellos eran unos años de dictadura militar y de opresión clerical, de cierre forzoso del país a las tendencias intelectuales y vitales transpirenaicas, de cartillas de racionamiento, de tuberculosis, hambre, emigración a Argentina o Venezuela. Fueron años también de intensos debates y luchas, precisamente porque era generalmente asumida en todo el país (excepto, quizá, en los clanes más profundamente involucrados con el poder político y con las redes empresariales de directa dependencia de aquel poder político), la creencia de que el régimen del General Franco no podría mantenerse mucho más tiempo y debería dejar paso a alguna clase de arreglo institucional no dictatorial.

La evidencia de que el régimen del General Franco podría durar varios decenios más y alargarse hasta el final biológico del dictador, solamente empezó a penetrar en nosotros en los últimos meses del año 1953. El régimen del General Franco obtuvo entonces dos "legitimaciones" (digámoslo así) internacionales de enorme peso cualitativo: el Concordato con la Iglesia católica, y los Acuerdos de Defensa y Ayuda mutua con los Estados Unidos (respectivamente, agosto y septiembre de 1953). A partir de entonces era obvio que el régimen que luego ha sido llamado "franquista" (calificativo que no era de uso común en aquella época, aunque ya existía en el lenguaje de la oposición en el exterior), no iba a ser derribado por presión política alguna, ni externa ni interna, a menos que concurriesen circunstancias históricas especialmente dramáticas. En el periodo entre 1953 y el Plan de Estabilización de julio de 1959, hubo mucha gente, dentro y fuera del país, que pensó que la mala gestión de la economía, el descontrol de la inflación, y el agotamiento de las reservas de oro y de divisas, podrían servir de base para una crisis general de todo el sistema franquista. Estas esperanzas se desvanecieron cuando el Plan de Estabilización de 1959, fraguado por téc-

-nicos españoles y extranjeros, se reveló como sumamente eficaz para el saneamiento monetario, para la simplificación y modernización de la gestión administrativa de la economía, y para la obtención de grandes sumas de recursos exteriores. El apoyo del Fondo Monetario Internacional dió al régimen franquista la tercera y última "legitimación" exterior que le faltaba, la legitimación económica (después de la institucional católica, ya anterior a 1953, y la militar norteamericana, de septiembre de 1953). Ciertamente, el Plan de Estabilización abrió asimismo un periodo de gigantescas migraciones de españoles a otros países, lo cual contribuyó en modo no desdeñable a minorar las tensiones sociales internas.

Para la adecuada intelección de este estudio, conviene tener presente desde el principio que las circunstancias históricas que rodean la actividad de los miembros del grupo, significan una situación muy compleja: se desmovilizan ya los viejos políticos profesionales que habían tenido algun papel en los años inmediatamente anteriores a la Guerra Civil, y estos políticos profesionales reducen su actividad (la mayoría en el exilio) a mantener posiciones testimoniales; los partidos políticos clandestinos, en el interior, están permanentemente acosados por la represión policial, son extremadamente minoritarios e ineficaces; se hallan, además, escindidos por luchas internas. En la legalidad, o a caballo entre la legalidad y comportamientos ilegales pero episódicamente tolerados, se encuentran varias cohortes jóvenes que forman un bloque generacional lleno de impaciencia, y dirigido por gente con formación universitaria pero no con cátedras (ya que la mayoría de ellos son sospechosos de heterodoxia religiosa, e incluso algunos -- unos pocos-- de lo que entonces se calificaba como 'infiltración marxista'). Son estas cohortes jóvenes, que no habían tomado parte en la guerra civil, las protagonistas de una cantidad de procesos frustrados. El caso Laye forma parte de ese conjunto de frustraciones políticas. Lo que le distingue de otras que fueron contemporáneas suyas, es que la gente de Laye eran además intelectuales de un cierto calibre, y que por tanto han podido dejar otros testimonios que la mera acción individual en la subterránea política.

Estos rasgos son susceptibles de ser precisados todavía más, en los siguientes términos:

- a) - Éramos lo bastante jóvenes para no haber tomado parte en la Guerra Civil;
- b) - Éramos lo bastante maduros para no aceptar acríticamente los mitos y los argumentos ideológicos del Régimen;
- c) - Lo bastante rebeldes para no interiorizar la legitimación de su poder ni de su autoridad;
- d) - Lo bastante cosmopolitas para no asumir un nacionalismo retórico, carpetovetónico, castellano-imperial, divorciado de las angustiosas realidades económicas, sociales, y humanas, del subdesarrollo;
- e) - Lo bastante enterados de las realidades del mundo para no creer la propaganda del Régimen;
- f) - Lo bastante escépticos para no compartir el espectacular y aparente fervor religioso, ni ser subyugados por su pompa, ni creer en la necesidad de la unión de Iglesia y Estado;
- g) - Lo bastante perdedores con el resultado de la Guerra Civil como para estar amargados por la comparación de una situación de mayor prosperidad y mayor libertad, con otra de mayor mediocridad y de menor libertad.

+ + +

Parte Primera.

Las circunstancias políticas e

intelectuales antecedentes de

L A Y E y simultáneas con sus

años de publicación .

Ce qui abaisse l'intelligence dégrade
tout l'homme.

Simone WEIL (De una carta de 30 Marzo
1936, publicada en 1951).

I I .

En el periodo entre 1947 y 1955 se publican en España, de modo irregular o discontinuo, algunas revistas que puedan clasificarse parcialmente como afines a Laye, aunque fuesen substancialmente diferentes en otros aspectos. Parece que Laye fué la única que, por razones burocráticas todavía hoy no esclarecidas, consiguió eludir permanentemente la censura previa. En el Estado español había una sola publicación exenta de la obligación de someter sus textos, antes del tiraje en imprenta, a la censura previa que se practicaba en oficinas provinciales ad hoc; esta publicación era el órgano oficial de la Iglesia, Ecclesia, formalmente responsabilidad del Arzobispado de Toledo (Sede del Cardenal Primado, por entonces ocupada por un arzobispo de origen catalán, Pla y Deniel).

El abanico de revistas culturales que muestran, episódicamente, matices políticos propios no concordantes con la propaganda oficial del Régimen, y a veces abiertamente discordantes, es un abanico que puede ser ordenado en un continuum desde un polo mínimamente político a otro máximamente político.

En el primer extremo podríamos incluir las revistas puramente literarias, como Garcilaso, Entregas de poesía, Correo Literario (esta última, en sus dos versiones, la de Barcelona, que dirigía Juan Ramón Masoliver, y la de Madrid, que dirigía otro catalán, Juan Gich Bech de Careda). Algunos números de Correo Literario la acercan a la condición de revista de ideas o de pensamiento (con un fuerte énfasis católico).

Al lado de las anteriores, podemos clasificar las revistas propiamente de ideas: Leonardo, Revista de las Ideas y de las Formas (Barcelona, 1945-1948, dirigida por un joven profesor de Estética en la Universidad, Tristán La Rosa), El Ciervo, revista católica que inició su publicación en Barcelona en la primavera de 1952 y

que continúa apareciendo en la actualidad, y la revista barcelonesa titulada precisamente Revista, financiada por un industrial catalán, A. Puig Palau, que salió a la calle el 17 abril 1952 como una especie de órgano intelectual de los ex-falangistas convertidos al liberalismo o a la socialdemocracia, y que entró rápidamente en conflicto con la censura: el 2 de junio de 1953 el Ministro de Información decretaba la destitución de su director, Esteban Molist y Pol; esta publicación adoptó más tarde el nombre de Revista Gran Vía, con una duración que se alargó, irregularmente, hasta principios de los 60s.

Pertenecen asimismo al orden de revista de ideas, las revistas semioficiosas falangistas, madrileñas, Escorial y Vértice. La primera murió en 1947. No tengo datos sobre la muerte de la segunda, que en todo caso fué anterior a 1948.

Más acentuado su carácter de revista de ideas, con un fuerte contenido religioso reaccionario, o en términos de entonces, tradicionalista (o integrista) eran las revistas Arbor (Madrid, 1945), Ateneo (Madrid, 1952), y Punta Europa (Pamplona). Hay que señalar que Laye entró en conflicto con Ateneo ya desde la aparición en Madrid de esa revista (Ateneo: las Ideas, el Arte y las Letras, num. 1, el 2 de febrero de 1952); una nota sin firma en Laye era una verdadera declaración de hostilidades (Laye, num. 17, pag. 70).

Con un carácter híbrido de revista literaria y de revista de ideas, hay que señalar a Cuadernos Hispanoamericanos (Madrid, 1949), y la misma clasificación es aplicable a Insula (Madrid, 1945), y a Índice (Madrid, 1945) esta última algo más politizada.

En 1946 apareció en Barcelona (a partir del num. 2 se dice Barcelona y Sabadell), Qvadrante (sic: con Qv). Qvadrante: los universitarios hablan, fué la directa antecesora de Laye, en cuanto una gran parte de sus redactores (J.M. Castellet, Manuel Sacristán, Jesús Núñez, Jesús Ruiz, Juan-Carlos García-Borrón, y yo mismo, entre otros) pasamos luego a escribir en Laye. Trataré de Qvadrante con más detalle más avanzado este texto.

Y en fin, está el conjunto de revistas claramente políti-

-cas, amparadas por alguna organización falangista en cuanto a sus autorizaciones burocráticas: Ímpetu (Barcelona), Haz, Juventud, La Hora, Alférez (todas en Madrid), Alcalá (Madrid y Barcelona, finalmente sólo Madrid), Brecha (Barcelona), El Bruch (Barcelona), etc.

De esta relación se excluyen los semanarios ilustrados, que constituían un mundo aparte y tenían sus propios problemas. Un caso único fué el semanario barcelonés Destino, que se inicia a finales del año 1939 como una publicación de ideas y de literatura, muy afin a los aspectos más civilizados y culturales de un sector de la Falange barcelonesa, luego se convierte en un semanario liberal pro-británico (durante la Segunda Guerra Mundial) y finalmente se constituye en la expresión de un grupo de intelectuales catalanes, dando en lengua castellana un ideario, una crítica, y la transmisión de un estilo de ver y pensar las cosas, genuinamente catalanes (con colaboración semanal de Josep Pla, etc).

En este panorama la ubicación de Qvadrante y de Laye estaría, en mi opinión, en un lugar intermedio entre las revistas claramente politizadas, más o menos amparadas por algún organismo falangista, y las revistas integristas como Ateneo. Pero esta inclusión registraría solamente algunos aspectos, en una situación altamente compleja y llena de casos particulares. Como dije antes, Laye estaba ideológicamente en los antípodas de Ateneo, pero en ambas se hace política a través de la literatura o de la Historia. Ateneo se presenta como órgano de una entidad cultural cuasi-privada (el Ateneo de Madrid) y Laye conserva, al menos formalmente, el carácter de boletín profesional y cultural del Colegio de Doctores y Licenciados en Barcelona. Laye se edita, además, con dinero de un organismo híbrido de Falange y de la Administración estatal, la Delegación de Educación Nacional en Barcelona. Por lo que concierne a nuestra antecesora, Qvadrante, su único signo legal era que en letra microscópica al pie de alguna página, se informaba al lector de que se trataba de un suplemento de Ímpetu (a la cual se suponía debidamente legalizada). En Qvadrante ni siquiera se dan señas de la redacción; en el num. 4 figura el nombre y dirección de la imprenta (en la calle Rosellón, en Barcelona).

Había además en provincias revistas de periodicidad irregular cuya existencia no podía sospecharse desde Barcelona, y que descubrimos cuando Laye alcanzó una difusión de ámbito estatal y recibimos cartas o ejemplares de alguna revista, bien sea aprobando cosas que se decían en Laye, bien reproduciendo literalmente párrafos enteros de algunos artículos. La apenas velada hostilidad hacia el Régimen tal como éste se había fosilizado desde 1945 y se arrastraba en el periodo de aislamiento exterior y de miseria económica que va hasta 1951, era una hostilidad no exclusiva de Barcelona. Citaré luego párrafos concluyentes.

La re-lectura a 40 años de distancia permite considerar bajo una luz crítica, y a partir de criterios mucho más diversificados que por entonces, los contenidos de estas publicaciones politizadas y que a la vez no eran órganos de ninguna institución, organización, o partido (fuese éste clandestino). La espontaneidad es inmediatamente visible por la incoherencia intelectual y política. En este aspecto, pertenecen a la misma familia que Laye. En un mismo ejemplar coexisten escritos de rebeldía juvenil falangista que pueden ser inmediatamente clasificados como producto del resentimiento por la marginación de la Falange en el bloque de poder desde los años finales de la Segunda Guerra Mundial, junto a otros escritos que se sitúan obviamente fuera del Régimen e incluso fuera del campo vencedor en la Guerra Civil (sin adoptar por ello la bandera del campo vencido, lo cual era imposible en una publicación que saliera abiertamente a la venta, no sólo en aquellos días sino también mucho después, prácticamente hasta el final mismo de la dictadura en 1975).

No había síntesis. Se trataba de la coexistencia impresa de pensamientos muy diferentes, a veces informes, rudimentarios, a veces ya claramente formados: en este último caso se percibe ya que el autor está en una encrucijada pre-marxista.

Por el contrario, la coherencia intelectual, política y religiosa, era totalitariamente visible en las revistas del Opus Dei y sus satélites, en primer lugar Arbor y Ateneo, y era

asimismo preponderante en revistas que, para subsistir sin mayores problemas con la censura, tenían que acentuar el tono católico, casi integrista, a veces místico, a veces anti-europeo; este hecho se observa en Alfárez, en Alcalá, y también en Índice. Volveré luego sobre el asunto, en cuanto una particularidad de Laye consiste precisamente en su europeísmo. Esta nota es ya perceptible en Qvadrante.

De la descripción que antecede no debe inferirse, en modo alguno, que hubiera en toda España una vida intelectual activa, pluridimensional, dinámica. Todas estas manifestaciones eran extremadamente minoritarias, fruto de esfuerzos individuales, de sacrificios de carrera o de stáтус durante unos años, en búsqueda de una resonancia colectiva que no se producía. Más tarde lo hemos visto con el ejemplo de frustraciones sociales de nombres juveniles que en el decenio de 1950 a 1960 parecía que iban a convertirse en figuras eminentes, sea en la cátedra, sea en la vida intelectual o política. Entre la propia masa de estudiantes universitarios había una atonía generalizada, una indiferencia solamente rota por las sollicitaciones más inmediatas y urgentes de alguna moda, la necesidad de ganar algún dinero, o el conformismo con la posición social y las pautas de comportamiento de la familia (familia burguesa que debía guardar un nombre, un decoro, una lealtad política al bloque de poder vencedor en la Guerra Civil). Qvadrante se queja de que vende más ejemplares en los quioscos de las Ramblas que en los patios de la Universidad. Poco después Alcalá (siempre con problemas financieros) se queja de que vende más ejemplares en Alemania Federal que en Madrid.

Este carácter sumamente minoritario de la actividad propiamente política, es una de las causas que contribuyen a explicar la rápida radicalización de una fracción de esa minoría juvenil, lo cual condujo a hechos como los sucesos de 1956 en Madrid y 1957 en Barcelona y la detención, e incluso cárcel, de jóvenes intelectuales y de profesores bisoños que, por su origen social, procedían de las clases adictas al Régimen. Pero una vez pasados los sucesos de 1956 y 1957, volvió la situación de atonía. El experto americano en asuntos españoles, profesor en la Univ. de Pennsylvania y colaborador del Depar-

1956 volvió la situación de atonía. El experto norteamericano en asuntos españoles, profesor en Princeton, y colaborador del Departamento de Estado y del Council on Foreign Relations, Arthur P. Whitaker, refiere en uno de sus libros sobre España una conversación con Dionisio Ridruejo a principios de 1959. Dice Whitaker (pag. 193 de Spain and Defense of the West: Ally and Liability, New York, Harper, 1961):

"...Ridruejo parece completamente desencantado por lo que concierne a la generación más joven. (...) En su opinión, el 95 % de los jóvenes españoles, incluyendo los estudiantes universitarios, se preocupan solamente de hallar empleo, de tener comodidades / comforts / y de la seguridad, y son indiferentes en materia política u hostiles a cualquier movimiento político que interfiera con sus carreras individuales a causa de la alteración / upsetting / del status quo."

Dicho todo ésto como perspectiva general, procede ahora entrar en la pormenorización histórica y, hasta cierto punto, sociológica.

2. 1. - Barreras políticas y ejes ideológicos.

Por barreras políticas signífico los límites infranqueables, por aquel entonces, en la relativa libertad de expresión. Estos límites han de ser explicados, en la medida en que algunos de ellos eran interiorizados por quienes escribían para diversos públicos.

Por ejes ideológicos signífico los principios o criterios que pueden ser analizados como centrales en la organización de un pensamiento, teniendo en cuenta el contexto político que rodea a un escritor y la posición social y cultural de éste.

Como es ocioso decir, algunas de las barreras impuestas autoritaria o dictatorialmente desde el exterior, pero que forman parte del contexto, pueden ser asumidas como necesarias, sea activa o pasivamente. Esto acontece no solamente en circunstancias dictato-

-riales sino asimismo en cualquier proceso de socialización (i.e., de interiorización de tabúes, normas, valores, de la comunidad). La educación recibida, la posición social y la situación social, el proyecto vital o intelectual, actúan en cada individuo en el sentido de una mayor libertad y permisividad o en el sentido de una mayor rigidez y severidad, sin que sean nunca sencillas ni unilaterales estas correspondencias. Expresado de otro modo: el individuo puede reaccionar enérgicamente contra una barrera o un límite político o puede conformarse (aceptación pasiva) o incluso defenderla como pertinente (participación activa); y el asunto está en que no siempre la opción depende directamente de los intereses. Las mediaciones psicológicas y culturales, además de las variables individuales, son extremadamente complejas en sus combinaciones.

Era preciso dejar en claro estas salvedades para que no se crea que utilizo aquí un esquema determinista grueso o rudimentario por lo que concierne a la construcción de los ejes ideológicos.

2. 1. 1. - El contexto específicamente político.

En las historias del régimen franquista que estén hechas con un cierto rigor y detalle, es fácil percibir que los años que aquí he tomado por las exigencias mismas del objeto de estudio, no constituyen un periodo homogéneo ni en la dimensión política ni en la económica. Los años 1947 a 1950 pertenecen al periodo de profunda degradación material de las condiciones de vida, precisamente cuando el resto de Europa se recuperaba de la Segunda Guerra Mundial. Algunas de las ventajas económicas que había aportado la neutralidad, en forma de ventas de minerales a ambos bandos (entre otros ejemplos), o que había implicado la orientación pro-alemana y pro-italiana del Régimen entre 1939 y 1943, en forma de importación a crédito de algún equipo industrial, material de transporte, y vehículos sobre todo alemanes, no eran ventajas cumulativas ni contribuyentes a un proceso de capitalización. El país vivía al día. La política económica de

la Administración franquista consistía en simples ajustes cuantitativos, de una naturaleza primaria, meramente aritmética. En aquella época el modelo del General Franco, como economista, era el dictador portugués Oliveira Salazar (con el cual tuvo sucesivas entrevistas en Lisboa, Vigo, Oporto, etc). La política económica debía gestionar lo más austeramente posible los presupuestos del Estado, limitar el gasto público, contener la expansión de la circulación fiduciaria, no autorizar más importaciones que las que permitiesen ciertas estimaciones de disponibilidad de divisas, y mantener en fin, aunque fuese artificialmente, un tipo de cambio exterior de la moneda nacional, suficientemente alto (con un complejísimo sistema de cambios múltiples: el dólar de los US. valía entre 6 ptas y 39 ptas, según los casos). No había créditos comerciales exteriores, excepto los concedidos por Argentina (gobiernos de Perón) y por el propio Portugal. Hasta mediados del año 1950 no hubo los primeros créditos, en cantidad substancial, procedentes de bancos norteamericanos. Ahora bien: la política portuguesa obedecía al apriorismo político de Oliveira Salazar tendente a evitar en lo posible la constitución de un proletariado industrial y por lo tanto a mantener a Portugal como un país agrícola. Los excedentes de población portugueses debían ir a las colonias africanas (entonces era todavía Portugal el tercer imperio colonial del mundo, después del británico y del francés). Además Portugal obtenía grandes sumas de recursos exteriores de las exportaciones de materias primas procedentes de aquellas colonias, lo que le capacitaba para poseer unas reservas de oro y de divisas que eran de las más altas del mundo. Tales circunstancias no concurrían en el caso de España. Hacia finales del año 1949 se hizo obvio que el modelo portugués de gestión económica no estaba sino empobreciendo a España. El almirante Suanzes persuadió a Franco de que era necesaria una política de industrialización. No existían, empero, los recursos monetarios internos. En mis anotaciones de aquella época consta como un hecho insólito, excepcional, y signo de un cambio de rumbo, un acuerdo del Consejo de Ministros de 3 Octubre 1950 que autorizaba al Ministro de Hacienda a elevar la circulación fiduciaria hasta 30 mil millones de ptas. (cifra que entonces parecía astronómica).

Ahora bien, en Octubre de 1950 llevaba ya varios meses de desarrollo la Guerra de Corea (iniciada el 25 Junio de aquel año), y los Estados Unidos estaban ya negociando una alianza militar con el régimen del General Franco.

Este hecho no era nuevo. El experto norteamericano en relaciones Estados Unidos -- España que antes he citado, Arthur P. Whitaker, opina que ya en el otoño de 1947 el Departamento de Defensa norteamericano había aconsejado al Presidente Truman una negociación militar con Franco. Por entonces Grecia estaba sumida en la guerra civil, con partes del territorio controladas por guerrillas comunistas, y además Turquía se sentía amenazada por la Unión Soviética como consecuencia de la denuncia del pacto de amistad URSS - Turquía, unilateralmente por Stalin, en 19 Marzo 1945 (con efectos desde Noviembre 1945). En Agosto de 1948 los Estados Unidos habían concertado con el gobierno de Turquía la modernización del aeropuerto de Adana, y era obvio que aeropuertos españoles resultaban necesarios, como escala, en el trayecto entre las islas Azores y Turquía. Ya antes de la Guerra de Corea los Estados Unidos habían restablecido el servicio militar obligatorio. En 17 de Noviembre de 1948 el General De Gaulle auspicia una alianza militar entre Francia y España. A finales de Septiembre de 1948 y a principios de Septiembre de 1949 visitan España misiones militares americanas; en la última fecha, navíos de la armada USA visitan el puerto que entonces se llamaba de El Ferrol del Caudillo. En mis anotaciones de la época consta una visita a Barcelona de varios parlamentarios norteamericanos (senadores y representantes) en 28 Septiembre 1949, la cual dejó entre los políticos barceloneses que hablaron con ellos, la convicción de que, dado el desarrollo mundial de la Guerra Fría, el Régimen de Franco concluiría por obtener el apoyo militar, diplomático y económico de los Estados Unidos. Este acercamiento a los Estados Unidos fué precedido por un empeoramiento de las relaciones entre Madrid y Buenos Aires. El Gobierno Perón congeló los créditos al gobierno español para la compra de cereales (había todavía en España cartillas de racionamiento), y en 14 Enero 1950 el Ministro de Asun-

-tos exteriores argentino, Hipólito Paz, hizo público que no había más trigo argentino gratis para Franco; como consecuencia, varios navíos mercantes españoles que estaban en el Atlántico camino del Río de La Plata, tuvieron que ser desviados por radio para que se dirigiesen a puertos de la costa Este de los Estados Unidos. El hecho da idea de la precariedad con que se movía aún el gobierno del General Franco, con expedientes día a día.

Por estas fechas habían cesado ya las ejecuciones de anti-franquistas, fuese por causas de la Guerra Civil o por hechos de las episódicas guerrillas de los años 1945 y 1946, pero todavía continuaban celebrándose juicios ante tribunales militares. En Barcelona el último de estos grandes juicios tuvo efecto en Octubre de 1948; el fiscal pidió 15 penas de muerte, de las que no me consta que se cumpliese ninguna (salvo error en mis notas). Hasta 1963 (fusilamiento de Grimau) no hubo más ejecuciones por motivos políticos (aunque sí por otros delitos: ex.gr., violencia anarquista).

La prensa y la radio (no había TV) así como los noticieros cinematográficos de paso obligatorio en los cines (noticiario No-Do : Noticias & Documentales) estaban completamente integrados en la Guerra Fría. Ello quiere decir que se revivía en el país el clima general de Cruzada anti-comunista que ya se había conocido en la zona llamada "nacional" desde 1936 a 1939 y, luego, entre 1941 y 1945 como resultado de la guerra del Tercer Reich y sus aliados italianos, rumanos, y croatas, contra la Unión Soviética. Todos los medios de comunicación franquistas transmiten constantemente al público español la idea de inminencia de una tercera guerra mundial. La victoria de los comunistas de Mao Tse-tung (grafia de entonces) en la guerra civil china (Noviembre 1949), la declaración conjunta americano-británica de 23 Septiembre 1949 sobre ensayos realizados en la URSS con bombas atómicas (es decir, el final del monopolio nuclear anglosajón), la denuncia por Stalin del Tratado de paz y de amistad URSS - Yugoslavia (29 Septiembre 1949) la cual parecía preludiar la invasión de Yugoslavia por sus vecinos pro-soviéticos, el bloqueo terrestre de Berlín-Oeste, las huelgas revolucionarias en Francia y, finalmente, la Guerra de Corea (1950-1953) contribuían, con su desnuda realidad, a dar una ratificación o una verosimilitud

a los temas básicos de la propaganda, y de la prospectiva, franquistas. El pronóstico de la proximidad de una nueva guerra mundial no se limitaba a publicaciones del propio Régimen (por ej., en el num. 11 de la revista Mundo Hispánico, Enero 1949, hay un largo artículo, con mapas incluidos sobre la invasión soviética de Europa occidental, la cual se prevé para 1957). También en otras publicaciones bastante distantes del mundo oficial aparecen artículos o previsiones sobre la guerra futura; en el semanario barcelonés Destino era uno de los temas recurrentes de uno de sus comentaristas de política internacional, el exiliado magyar Andrés Revesz; y en el semanario Revista se publicaron asimismo algunas prospectivas del género. Toda la prensa debía reproducir, además, los artículos de "Hispánicus" (pseudónimo de Franco) entre los cuales había alguno que incidía claramente en la prospectiva de inevitabilidad de una nueva guerra mundial.

Recordar este ambiente es algo de lo que no se puede prescindir, si queremos comprender el hecho de que hubiera, en publicaciones que en otros aspectos estaban completamente distantes de la ideología del Régimen y del bloque en el poder, colaboraciones espontáneas sobre la defensa de la civilización cristiana, sobre la unidad europea frente al mundo oriental, o sobre el próximo apocalipsis. El anticomunismo y el antisovietismo no solamente eran de obligado cumplimiento ritual para una cantidad de asalariados que vivían de ello; sucedía también algo más sutil y complejo: un autor sospechoso de disidencia interior española y que se sentía amenazado por la censura o por una delación a la policía política, recurría episódicamente a escribir un artículo de furiosa crítica anticomunista o contra la situación existente en alguno de los países del Este. Se trataba de una especie de cobertura táctica, fuese cual fuese la sinceridad o autenticidad de los sentimientos expresados (y en no pocos casos, no cabe poner en duda que el autor estaba verdaderamente del lado de la Cruz contra el lado de la Hoz y el Martillo).

Evidentemente, los últimos años de la dictadura de Stalin ofrecían material más que suficiente. Habíanse producido cosas como el fusilamiento de Voznessenski (un joven economista que era una de las grandes promesas del Partido), el zhdanovismo se había radicalizado después de la muerte del propio Zhdanov (31 agos-

-to 1948) y se había convertido en un conjunto de prácticas inquisitoriales, burocráticas y bárbaras (en oposición a las ideas de Zhdanov, bastante menos burdas), y en Checoslovaquia y en Hungría se había llegado a hechos como las mascaradas jurídicas que fueron los juicios, y ejecución, respectivamente de Slansky y de sus colaboradores, y de Rajk y los suyos, todos ellos sinceros comunistas pero acusados de traición y de anti-stalinismo. Finalmente, en los primeros meses de 1953, en el propio Moscú se vivía un ambiente de terror policial y de delación, como consecuencia de un supuesto complot judío para asesinar a Stalin, y la detención de un grupo de médicos. La muerte de Stalin (5 Marzo 1953) y la llegada al poder de Malenkov, con la política llamada de "deshielo" (the thaw en inglés, según el título de la traducción de una famosa novela-ensayo de Ilya Ehrenburg publicada en Rusia e inmediatamente difundida en Occidente), la liberación de los prisioneros políticos de los campos de trabajo, la destitución de Beria como ministro de Seguridad del Estado (Junio de 1953), y el armisticio en Corea y la nueva política de coexistencia pacífica con Occidente, cambiaron un tanto el contexto ideológico-militar que he descrito. Cuando se conocieron los planes económicos del gobierno Malenkov para dar prioridad a las industrias de consumo sobre la industria pesada, se hizo obvio que el mundo no iba hacia una nueva guerra. Sin embargo, en Madrid seguía tocándose la misma música que antes. En 3 y 4 Mayo de 1954 José María de Areilza, ex-embajador en Buenos Aires y luego embajador en Washington, vino a dar una conferencia en la universidad de Barcelona. Varios miembros del grupo Laye y de otro grupo que definiré brevemente como el grupo de apoyo nuestro cerca del Ministro de Educación de entonces (J. Ruiz Giménez, nombrado ministro el 20 Julio 1951), tuvimos una cena con Areilza. Este nos refirió que al pasar por Madrid había visitado a Arias Salgado, Ministro de Información, y que una de las primeras cosas que Arias le había preguntado era: "¿Cuándo empezamos la guerra contra Rusia?". Areilza le había respondido que no había perspectivas de guerra y que más bien se iba a una distensión general. Parece que Arias Salgado quedó tan sorprendido que saltó exclamando: "Pero ¡cómo! ¿se va a dejar subsistir al comunismo?".

Sin la adecuada intelección de lo que era aquella circunstancia, es hoy imposible entender los problemas de la acción intelectual y política por parte de jóvenes que eran generacionalmente ajenos a la Guerra Civil. El resultado de ésta era incuestionable, intangible. Lo siguió siendo hasta la muerte del dictador en Noviembre de 1975. Todo planteamiento de reforma, fuese universitaria, educacional, económica, sectorial, moral, sindical, etc., debía de hacerse partiendo del supuesto implícito de la continuidad y perennidad del Régimen.

Dadas estas condiciones, la cuestión fundamental para nosotros era: ¿Qué margen de libertad intelectual pura, libertad de pensamiento, podía ejercerse y disfrutarse sin que fuera demasiado obvio que se trataba de construir otra infraestructura política?

El periodo 1947 - 1956 fué en ésto particularmente difícil, y de hecho uno de los más difíciles y más opresivos en la historia del Régimen. Esta aseveración requiere ahora una pormenorización aparte.

2. 1. 2. - Los límites religiosos.

El periodo 1945-1949, ambos años inclusive, contiene en su seno una situación en la cual los españoles con capacidad de discernimiento político, y los observadores extranjeros, apostaban cada trimestre que al trimestre siguiente el Régimen de Franco ya no existiría.

El General Franco había hecho cuanto le era posible, teniendo en cuenta el bloque de poder que él no sólo dominaba sino del cual era asimismo un representante, para desvincularse de las Potencias perdedoras en la Segunda Guerra Mundial. Esta había ya concluido en Europa (pero no en el Océano Pacífico) cuando Franco dictó una especie de carta otorgada de derechos civiles individuales, el llamado Fuero de los Españoles (aprobado por las Cortes el 18 de Julio de 1945). El art. 6 de este texto decía lo siguiente:

"La profesión y práctica de la Religión Católica, que es la del Estado español, gozará de la protección oficial".

"Nadie será molestado por sus creencias religiosas, ni el ejercicio privado de su culto. No se permitirán otras ceremonias ni manifestaciones externas que las de la Religión Católica".

Este artículo era una reproducción, con ligeras correcciones, del art. 11 de la Constitución de 1876 (redacción de Cánovas del Castillo). El art. 6 del Fuero de 1945 era algo más restrictivo, en cuanto introduce la exigencia de que los cultos no católicos, si se practican, han de ser en privado. La Constitución de 1876 decía simplemente que nadie será molestado por sus opiniones religiosas ni por el ejercicio de su respectivo culto. Por tanto, admitía la existencia de iglesias no pertenecientes a la obediencia Católico-Romana. Esta permisividad ya había traído a Cánovas del Castillo considerables problemas con la mayoría integrista de la Iglesia española en el último cuarto del siglo XIX. No pocos obispos hubiesen deseado que el artículo constitucional referente a la religión estuviese redactado en los términos de los arts. 12 u 11 respectivamente de las Constituciones de 1812 y de 1845, mucho más restrictivos y que concedían el monopolio religioso total, incluido el ámbito privado, a la Iglesia Católico-Romana. La Iglesia nunca había transigido con el art. 21 de la Constitución de 1869 (el más liberal y permisivo en el siglo XIX), y es ocioso recordar que la Iglesia fué combatiente activa contra la Segunda República (1931-1939).

La relativa permisividad del art. 6 del Fuero de 1945 respondía a presiones procedentes de Gran Bretaña y de Estados Unidos, Potencias vencedoras en la Segunda Guerra Mundial, y de tradición protestante. En ambos países había gentes políticamente muy conservadoras y que estaban dispuestas a ayudar a la sobrevivencia del Régimen del General Franco, en cuanto anticomunista activo, pero que no podían admitir el monopolio absoluto de la Iglesia Católico-Romana que derivaba de los cuatro primeros artículos del Concordato de 1851, todavía vigente al finalizar la Guerra Civil de 1936-39 (Concordato que fué finalmente substituido por el de 27 agosto 1953).

Sin embargo, entre 1945 y 1953 Franco se encontró con una situación en cierta manera análoga a la que ya había sufrido Cánovas del Castillo: la fracción más integrista de los Prelados españoles no admitía el art. 6 del Fuero de 1945 (como no habían admitido el art. 11 de la Constitución de 1876). Y de facto el Concordato de Agosto de 1953 significó el triunfo de esa fracción integrista y la abolición práctica del art. 6 del Fuero de 1945. Este último es citado pro forma como Anexo VII, protocolo final en relación al art. 1 del citado Concordato, pero los términos concordados implican substantivamente tales prerrogativas para la Iglesia Católico-Romana, y obligan de tal modo al Estado español a constituirse en ejecutor de las decisiones eclesiásticas, que desaparecía la relativa permisividad de aquel artículo.

Los resultados de las luchas religiosas obedecen, como los de las luchas políticas, no a la lógica de las ideas o de las creencias, sino fundamentalmente a la relación de fuerzas entre los contendientes. Para la supervivencia de su Régimen, Franco tuvo que contar casi exclusivamente, desde 1945 a 1950, con la Iglesia Romana y con los políticos norteamericanos católicos (senadores y representantes) que eran por entonces más influyentes. Asimismo tuvo que contar con la ayuda de los católicos más conservadores en Argentina, en Chile, en Perú y, sobre todo, en Colombia. Hasta tal punto fué ésto así, que cuando llegó en Argentina la laicización del gobierno de Perón (segundo mandato presidencial de Perón, ley de divorcio en 1954, quema de iglesias en Buenos Aires a principios del invierno de 1955) las relaciones entre Madrid y Buenos Aires estaban ya en una fase no sólo de abierta oposición internacional (a causa de la alianza norteamericana de España y de la hostilidad de los Estados Unidos hacia el peronismo) sino asimismo en plena discordancia ideológica. El apoyo material recibido de Perón en 1947 y 1948, en forma de envíos urgentes de cereales, carne, etc., había sido olvidado. El caso argentino era más bien un ejemplo de que era necesario atenerse a la más estricta ortodoxia católica; juicio en el cual coincidían la Iglesia argentina, la Iglesia española, y la propia corte de El Pardo.

La involución del Régimen en materia de relativa permisividad religiosa, se inscribe asimismo en un contexto internacional que está interactuando constantemente con el del interior del país. Es preciso recordar que entre Agosto de 1945 (inclusión en el comunicado final de la Conferencia de los Tres Grandes -- USA, UK, URSS-- en Potsdam, de un párrafo condenatorio del régimen franquista), hasta las resoluciones del comité político y de la Asamblea General de las Naciones Unidas, en 31 Octubre y 4 Noviembre 1950, revocando las resoluciones de las propias NN.UU. contra el régimen de Franco hechas en 1946, el Estado español había sido tratado como una especie de leproso internacional. A finales del año 1950 se anuncia la acreditación de un embajador norteamericano en Madrid, y el 7 de Enero de 1951 de un embajador británico. Durante seis años Franco había debido limitarse a una política de resistencia y aislamiento. Había intentado entrar en el Plan Marshall en 1947, pero las propuestas de dos parlamentarios norteamericanos en ese sentido habían sido rechazadas por la Casa Blanca; había intentado entrar en la NATO a principios de 1949, antes de la firma del Tratado constitutivo de esta organización en Washington, en Abril de 1949, mediante recomendaciones de Oliveira Salazar y de algunos militares norteamericanos, haciendo ofrecimientos del potencial militar convencional que podía aportar España a la próxima guerra contra Rusia, pero ni el gobierno norteamericano (Truman y Acheson) y mucho menos el británico (en Londres gobernaban todavía los laboristas), habían aceptado una asociación con el Estado español que fuese estrictamente militar, sin cláusulas políticas (que era lo que les proponía la diplomacia franquista). Durante todo este periodo el Régimen no contó con otros apoyos exteriores que los de la Iglesia, los grupos más conservadores en Iberoamérica, Portugal e Italia, y algunos contactos bancarios conseguidos por vía del financiero Andrés Moreno, del grupo Hispano-Americano-Urquijo. El Fuero de los Españoles en 1945, la Ley del Referéndum en el mismo año, y la celebración de un referéndum en 8 Junio 1947 que fué la primera (todavía meramente formal) etapa hacia una posible restauración de la Monarquía, fueron concesiones ante la presión exterior. Ahora bien, simultáneamen-

-te se estaba produciendo en todo el mundo occidental un proceso de unas características que luego se revelaron transitorias y superables, pero que por el momento tenía una enorme fuerza y de un modo indirecto contribuía a la supervivencia del régimen español. Había ya una reconstrucción gruesa, hablando en términos económicos, de los daños de la guerra, pero no había todavía un desarrollo económico que beneficiase a las clases medias y a las fracciones mejor cualificadas de la clase obrera. En Francia se estaba en completa y permanente inestabilidad política: los gobiernos duraban pocos meses, y alguno había llegado incluso a durar solamente dos días; las huelgas revolucionarias y las manifestaciones anti-NATO se sucedían en el hexágono mientras el ejército francés tenía que reprimir revueltas coloniales en Madagascar y en Indochina. En Gran Bretaña los laboristas estaban tratando de instaurar un Welfare State o Estado Providencia, simultáneamente con un proceso social de proletarización de una parte de las clases medias. Aunque figuraba entre las Potencias vencedoras en la Segunda Guerra Mundial desde el punto de vista militar, considerando las cosas desde los puntos de vista económico y político Gran Bretaña aparecía como una Potencia perdedora: pérdida de sus mejores activos financieros exteriores, que habían sido enajenados para pagar la guerra; devaluaciones de la esterlina; emancipación de la India; absoluta dependencia militar respecto del aliado americano; creciente dificultad en sostener la cadena de bases navales desde Gibraltar y Suez hasta Singapur; el ejército británico atacado por terroristas judíos en lo que sería luego Estado de Israel, y por guerrillas comunistas en Malasia; un ambiente general, en casa, de frustración y de decadencia, que solamente empezó a cambiar con el retorno de Winston Churchill al poder los últimos días de Octubre de 1951. En fin, en Estados Unidos había a la vez un estancamiento económico, una dominación de algunos sectores sindicales y de actividades económicas por la Mafia (comisión Kefauver de investigación) y una fiebre de delaciones, sospechas de traición, juicios por espionaje, y principio de la caza de brujas anti-comunista (y en general, anti-progresista) que la historia registra con el nombre de Macarthysmo (del nombre de su inspirador, un inquisidor policial con rango de Senador, Joseph McCarthy). La prensa de Barcelona tenía por enton-

-ces excelentes corresponsales en Estados Unidos. Uno de ellos, J. M. Massip, publica en el semanario Destino (6 Mayo 1950) un extenso e inquietante artículo. Empieza narrando el suicidio en Boston de un profesor de Harvard, Francis Matthiessen (autor de un libro célebre, The American Renaissance), acosado por la opinión por haber sido un simpatizante del Partido Progresista del ex-Vicepresidente Wallace. En un bolsillo había dejado una nota: "Soy cristiano y socialista y creo firmemente en la paz internacional...". Y más adelante José María Massip escribe:

"La pesadilla rusa satura hoy la vida del hombre y del Estado americano hasta un extremo que es difícil de evaluar desde el exterior. (...) Sobre el hombre de la calle se abate todos los días un Niágara de anticomunismo. Hay que leer los periódicos, ver las obras que se publican, ojear las revistas, seguir las emisiones de radio o TV, repasar los discursos de los políticos (...) examinar las cifras del Presupuesto... (...) Entre las denuncias formuladas días pasados por el Senador Joseph McCarthy contra algunos funcionarios del Departamento de Estado y contra el mismo Acheson, figuraba el nombre de un ex-periodista llamado H. Hanson, que posee una pequeña granja en el fondo de un distrito rural del estado de Virginia. Cuando Hanson llegó a fin de semana a su granja, se encontró con que el centenar de vecinos del lugar estaban firmando una petición para expulsar de la aldea a "la rata roja".

En Europa occidental el contexto era algo diferente. Reaparece la idea de guerra de religión: la próxima guerra será una guerra de religión entre el cristianismo de una parte y el marxismo de otra. Las clases medias bloqueadas en su movilidad social (excepto los negociantes del mercado negro o sus epígonos en importación y exportación) contemplan con resentimiento la capacidad combativa de la clase obrera en las luchas por mejores salarios y en medio de una circunstancia que es inflacionaria por doquier. De estas clases medias se hacen portavoces intelectuales los agoreros que pronostican el final de la clase media, escindida entre una pequeña minoría que conseguirá hacerse capitalista y una mayoría que se transformará en proletaria. Este tema es dominante y ubicuo en numerosas publicaciones, conferencias, discursos, no solamente en España, sino en Francia, Gran Bretaña, Alemania. Es el lado "sociológico" vulgar de una

construcción mental que en su lado moral recurre a todos los tópicos del mesianismo. Se desempolvan los escritos de los mesianistas eslavos del siglo XIX. Esta moda alcanza a intelectuales que, previamente, no habían mostrado signo alguno de fanatismo religioso. El escritor catalán Joan Estelrich (colaborador de la "Lliga Regionalista" ya desde antes de la Guerra Civil) publica en Barcelona artículo tras artículo sobre autores rusos, Chadaaiev, Berdiaev, etc. Algunos de estos artículos contienen intercalados que son como 'cartas persas', ya que su destinatario evidente son los jóvenes españoles. Estelrich hace un llamamiento a la conciencia nacional, a asumir el destino de una nación en la historia universal (tema típico del romanticismo germánico-eslavo desde Herder). Y se queja de que España está sumida en la apatía, ha perdido toda conciencia de su destino. Incluso pensadores substantivamente racionalistas ceden a la moda y dicen cosas extravagantes. Lord Bertrand Russell predice que para fin de siglo habrá ocurrido una de estas tres cosas: el fin de la especie humana, una despoblación parcial de la tierra, o un gobierno mundial. Ignacio Agustí le responde en Destino (9 Diciembre 1950) opinando que la raza humana no se va a suicidar; lo más probable es, al fin, el gobierno mundial por los Estados Unidos de América. Por toda Europa los periodistas con aspiraciones a un status intelectual echan mano, recurrentemente, de la famosa frase de Paul Valéry escrita en 1939:

"L'Europe aspire visiblement à être gouvernée par une commission américaine. Ne sachant nous défaire de notre histoire, nous en serons déchargés par des peuples heureux qui n'en ont point ou presque point".

Una voz sensata en medio de la confusión mental y de las oleadas de irracionalidad, la da un día de abril de 1950 el Dr. J. Vicens Vives comentando, en su sección habitual de libros de historia y de política en el semanario Destino, dos libros, uno de Jorge Uscatescu (exiliado rumano residente en Madrid), el otro de Carmen Llorca. Este artículo de Vicens Vives es (obviamente) anterior al clima producido por la Guerra de Corea; pero también era antes de la Guerra de Corea cuando en Estados Unidos se estaba produciendo el clima moral y político que describía J.M. Massip en el texto que antes cité. Del largo y prolijo artículo de Vicens Vives transcribo solamente los párrafos finales (Destino, 22 Abril 1950, título: "Europa, el 'Tercer Camino'"):

"...Hoy se disputan el corazón de los europeos dos tendencias, el totalitarismo colectivista y el nihilismo liberizante (sic). El único camino de Europa es la tercera vía, aquella que le corresponde por tradición y esencia, la que avizoró ya Erasmo a comienzos del siglo XVI. (...) Puedo estar o no en lo cierto. Pero he aquí (...) por qué no podríamos coincidir ni con el señor Uscarescu, quien ha abrazado el partido de los Césares, ni con la señorita Llorca, que estima que Europa ha perdido su alma y sólo Rusia se la puede devolver".

Se requería una cierta valentía para señalar como camino el avizorado por Erasmo, en una circunstancia en que el libro Camino, del P. Escrivá, fundador de la organización de sacerdotes y seglares conocida como Opus Dei, se vendía, o se distribuía, en centenares de ejemplares, en castellano y en catalán, en las aulas universitarias.

Había otros recursos que la valentía para luchar contra el fanatismo generalizado. Uno de ellos era, por ejemplo, el que siguió Josep Pla al cumplir 50 años. Publicó en Destino uno de sus "comentarios sin fechas", y hacia el final de un texto sarcástico y patético decía: Aspiro a que los señores de la revolución permanente me dejen morir tranquilo en la cama. (Era la fuga sanchopancesca e hispánica en medio del aquelarre general).

Ahora bien: lo que eran grandes, gigantescas, elucubraciones de filosofía de la historia y de apocalipsis religioso, expresadas en retórica décimonónica por unas plumas, se transformaba en otras plumas en expedientes burocráticos, denuncias periodísticas de los disidentes, recomendaciones para tribunales de oposiciones, carrerismo de los mediocres. La religión podía ser la salvación final de España en el apocalipsis final, pero de momento podía ser un excelente negocio. Los grupos integristas católicos empezaron a ocupar desde 1945 cuanto empleo quedaba vacante en las oficinas de censura, en las administraciones públicas, en las universidades, en la prensa y, finalmente, en los altos cargos de la gestión económica y en las organizaciones, públicas y privadas, de control ideológico. Los falangistas, que eran ya impresentables en el escenario democrático-liberal internacional, fueron desplazados o arrinconados. El ministerio lla-

-mado Secretaría General del Movimiento, quedó vacante desde 1945 a 1949. El integrismo religioso explotó hasta el máximo las capacidades que otorgaba a la censura la Ley de Prensa de 22 Abril 1938, la cual en el párrafo primero de su art. 18 establecía sanciones para las publicaciones que pudiesen "sembrar ideas perniciosas entre los intelectualmente débiles" (sic). Se pasó a considerar "intelectualmente débil" a la mayoría de los habitantes del país. En medio del estancamiento económico, del hambre, de la tuberculosis, rigiendo todavía cartillas de racionamiento (no extinguidas hasta el 1º Abril 1952), se puso en marcha una empresa verdaderamente alucinante para implantar un orden moral que dominase totalitariamente todas las actividades públicas y privadas. Se retiraron de las librerías los libros que estaban en el Indice compilado por el Vaticano. Se hizo mucho más rígida la censura cinematográfica; empezó el periodo en que, mediante el doblaje, se alteraba el parentesco de los personajes de algunos films extranjeros, de modo a borrar toda idea de relación erótica entre ellos. Se hizo imposible publicar novelas en las cuales una chica soltera de clase media o de clase alta tuviera relaciones sexuales prematrimoniales. En 1941 la censura falangista había permitido, íntegra, la traducción española de una famosa novela italiana, de Alba de Céspedes, titulada Nadie vuelve atrás (Nessuno torna indietro; trad. de Santiago Nadal, edic. de Luis Miracle, Barcelona). Las ediciones posteriores a 1946 de esta novela iban ahora siendo progresivamente recortadas, de modo a omitir las experiencias amorosas de las muchachas italianas. Se retiraron de los parques públicos las estatuas de mármol que representaban el cuerpo humano desnudo. Se obligó a los profesores de universidad a asistir a ejercicios espirituales antes de la Semana Santa. En el num. 19 de Laye (pag. 87), Manuel Sacristán exclama:

"¿Qué va a pasar cuando no quede una estatua en España? ¿Y cuando las películas de Rita Hayworth se proyecten en catacumbas? ¿Y cuando los padres de familia, con sensato consejo, luego de bautizar a sus dulces hijos, procedan a la ablación de sus tiernos cerebros?".

Se abolió la reforma del Código Civil de 1942 que había fijado la

mayoría de edad en 20 años para los varones y 22 para las muchachas y se volvió a elevar la mayoría de edad legal, a 21 años para los chicos y 25 años para las chicas. De esta manera se obligaba a toda muchacha con problemas familiares a, o bien casarse, o bien permanecer bajo la tutela de los padres hasta cumplir 25 años. Se legisló que la indisolubilidad del matrimonio debía entenderse comprendiendo la convivencia bajo un mismo techo, de modo que, en cuanto "cuestión de orden público", la Guardia Civil reintegraba por la fuerza al hogar matrimonial al marido o a la mujer que episódicamente lo hubiesen abandonado. En Barcelona hizo falta la intervención, cerca del Presidente de la Audiencia territorial, del Decano de la Facultad de Derecho, Dr Pi y Suñer, para que no fuese procesado un catedrático de la Facultad que vivía con una mujer con la que no estaba casado. En fin, en las playas la Guardia Civil vigilaba rigurosamente la separación de sexos y que los bañistas llevasen trajes de baño que se definían como "completos". En las publicaciones europeas de la época el nuevo puritanismo del Estado español era objeto continuo de descripciones y comentarios jocosos. En un número monográfico dedicado a España por la revista francesa Esprit (que era, y es, una revista católica) (año 24, num. 242, Septiembre 1956), hay un artículo titulado Le Rideau du silence, donde se consignan las particulares obsesiones del ministro de Información de la época, Arias Salgado, y se dan detalles de la censura cinematográfica y las alteraciones de los argumentos de los films por la vía del doblaje. Ese número monográfico de Esprit comienza por una carta de José Bergamín al director de la publicación, Albert Beguin, donde repite las palabras de Cervantes: "Un poco de luz y no más sangre". En el mismo número hay un largo ensayo de Dominique Aubier, L'Espagne comme morale, donde puede leerse (pag. 236):

"Predominio de la Iglesia, sin duda. Reino de la fé, no. El pensamiento cristiano, en lo que puede tener de viviente y de arraigado, es algo más bien raro, desnaturalizado, no comprendido. (...) El mundo de las mujeres se halla la mayor parte del tiempo sometido a la influencia de la Iglesia, mientras los hombres, lo sepan o no, lo quieran o no, viven en una atmósfera moral que es diferente. Esta dualidad moral provoca entre los jóvenes españoles una crisis singular de adolescencia: pasan de la moral de gineceo a la moral viril. (...) La primera conquista de la vida queda marcada por la pérdida de Dios, a menudo irremediable, a veces consciente".

Párrafos que conciernen aspectos biográficos individuales, pero que reenvían a experiencias que no son aislables de la lucha por la libertad intelectual. La redacción de Laya estaba fuera de la Iglesia. A partir del num. 15 era transparente que se trataba de una publicación hecha por gente heterodoxa, o agnóstica, o atea. Y precisamente era esa clase de publicaciones la que pretendía suprimir de raíz, de una vez y para siempre, el nuevo Concordato. El párrafo 4 del artículo 24 decía lo siguiente:

"En general todas las sentencias, decisiones en vía administrativa y decretos emanados de las Autoridades eclesiásticas en cualquier materia dentro del ámbito de su competencia, tendrán también efecto en el orden civil cuando hubieren sido comunicados a las competentes Autoridades del Estado, las cuales prestarán, además, el apoyo necesario para su ejecución".

Texto que ha de leerse, para comprender su alcance práctico, en relación al párrafo tercero del artículo 26:

"Los Ordinarios podrán exigir que no sean permitidos o que sean retirados los libros, publicaciones y material de enseñanza contrarios al Dogma y a la Moral católica".

La Oficina de Información Diplomática publicó en Madrid, en 1953, un folleto de 77 pags. con el texto del Concordato y una serie de documentos anexos, unos históricos y contractuales Iglesia - Estado, otros, declaraciones oficiosas o de intenciones. El Anexo X (pag. 71) contiene una entrevista con el Ministro de Asuntos Exteriores, Alberto Martín Artajo. En un párrafo se dice lo siguiente:

"Se han apartado los negociadores españoles de esa trasnochada mentalidad librepensadora, ya desterrada entre nosotros y superada, por la vuelta al concepto tradicional de lo que han debido ser siempre las relaciones político-eclesiásticas".

Está dicho claramente: se trataba de terminar con la libertad de pensamiento convirtiéndolo al Estado en brazo ejecutor de la inquisición religiosa. La Iglesia volvía a ser la iglesia del siglo XIX, combatiente contra todo cuanto se derivase de las ideas de la Revolución francesa. En los discursos del "Caudillo" entre 1945 y 1955

(si bien el rasgo ya está presente en algunos discursos en el decenio anterior) la denuncia de la Revolución francesa como principal causante de los "males de España" toma no pocas veces la prioridad sobre la denuncia del comunismo o de la Rusia soviética. Una revista católica como El Ciervo (Barcelona, num. 18, Septiembre - Octubre 1953) no se equivoca en un tímido comentario del nuevo Concordato: en la historia concordataria general, éste es el Concordato "más ortodoxo" desde la Revolución francesa.

En Laye ya habíamos tenido problemas con una especie de censura eclesiástica que se ejercía contra nosotros a posteriori. Puedo relatar mi caso (brevemente citado por el Prof. J.F. Marsal en su libro Pensar bajo el franquismo, Barcelona, 1979, Ediciones Península).

En el Tercer Curso de Verano celebrado en Puigcerdá (Agosto 1949) Joan Estelrich había pronunciado unas lecciones con asistencia de autoridades civiles, militares, y eclesiásticas. En la última de ellas, titulada "Sobre la situación actual del europeo", había predicado un curioso humanismo como salida filosófica y moral a la crisis. Según dice el texto publicado in extenso por La Vanguardia (Barcelona, 25 Agosto 1949) aquel humanismo debía defendernos de "los males de nuestro siglo: el racionalismo, el marxismo, y el tecnicismo".

Que la condición humana pudiera ponerse en oposición con la razón humana (fuese ésta definida como racionalismo) y que en definitiva se predicase un humanismo no racionalista, o irracionalista, era algo que uno no podía entender. Para el número 15 de Laye escribí un artículo titulado El Ancla en la mente. (Incidentalmente añadiré ahora que este artículo, seleccionado por el Prof. L. Bonet para su Antología de Laye, Península, 1988, ha sido omitido a última hora por razones de economía y de reducción del volumen a publicar). En El Ancla en la mente yo hacía una defensa de la pluralidad de formas de vida y de pensamiento, pero al mismo tiempo un enunciado de carácter normativo sobre la necesidad de someter toda experiencia vital al anclaje en la razón. Inmediatamente el canónico Dr Montagut escribió una encendida carta a la dirección de Laye, con intercalados en latín, carta que no fué publicada, y en la cual objetaba, entre otras cosas, a una referencia mía a Miguel de Molinos.

Dado que yo había sido ya atacado en 1948 por el director de El Correo Catalán (entonces periódico tradicionalista e integrista) a causa de un artículo mío sobre las ideas políticas de Cánovas del Castillo, publicado en Destino (con algunos cortes de autocensura de la propia dirección del semanario), en Laye se tomó la decisión de que mis futuros artículos fuesen firmados con pseudónimo. Lo que así se hizo (excepto algunas colaboraciones que van firmadas con las iniciales de mi nombre y todos, o alguno, de mis apellidos). Por ello toda la serie de Notas apasionadas sobre España lleva la simple mención de "Arevaco" como autor (alusión a la ascendencia soriana de mi familia). Este hábito de firmar artículos con pseudónimos, o con iniciales, se generalizó a otros miembros de la redacción de Laye. Así Manuel Sacristán resucitó uno de los pseudónimos que años antes utilizaba en Quadrante, Manuel Entenza. (Lo cual era interpretado como un modo indirecto de recordar a los presos políticos de la cárcel de la calle Entenza).

En estas circunstancias, era obvio que la aplicación material del nuevo Concordato iba a significar la muerte de la revista. La censura se hacía cada vez más rigurosa y ortodoxa. En la propia Roma se engrosaba cada año el Index librorum prohibitorum. En Mayo de 1952 se incluyó en el Indice la totalidad de la obra de Alberto Moravia. En la lista de textos prohibidos se hallaban ya, por supuesto, Kant y Rousseau, Bruno, Gentile y Croce, Diderot y D'Alembert, Voltaire, Anatole France, Montesquieu, Gibbon, Darwin, Hugo, Stendhal, Heine, Sartre, y un largo etc.

Cuando Ramón Tamames salió de la cárcel de Carabanchel, a donde había ido a causa de los sucesos de la Universidad de Madrid en la primavera de 1956, empezó a redactar una especie de historia interior de las crisis del Régimen. El borrador mecanografiado lo hizo llegar a Barcelona cierto tiempo después; allí citaba como una de las causas concurrentes (entre otras) a la gran crisis de 1956, el convencimiento que existía entre estudiantes universitarios y una parte de profesores, en que había que poner coto a la aplicación de las prohibiciones derivadas del Concordato.

Sin embargo, el rodillo compresor siguió su curso. En Enero de 1957 se pusieron en el Indice dos obras de Don Miguel de Unamuno, y la policía procedió a retirarlas de las librerías. Una de esas obras era la Agonía del Cristianismo. Luego se supo que este

libro del que fué Rector de la universidad de Salamanca, había sido puesto en el Índice sin ser leído por el censor, simplemente porque éste dedujo del título que Unamuno auspiciaba el final de la cristiandad. Así aquel hombre profundamente religioso, creyente agónico, constantemente problematizando su fé pero volviendo a creer, introspectivo espíritu quijotesco, terminó post-mortem sus relaciones con la Iglesia metido en el mismo saco que cualquier positivista francés del último tercio del siglo XIX (una raza por Unamuno particularmente despreciada). La emoción en los círculos intelectuales de España y América fué enorme. Entonces el Vaticano redactó una larga nota que fué publicada por la prensa española los primeros días de febrero de 1957. Entre otras muchas cosas se dice en esa nota:

"La Iglesia no se mueve en un campo de interés humano ni tampoco es su cometido el de señalar los valores humanos en el mundo de la cultura. Consciente de su misión sobrenatural, se mueve con la más amplia libertad en los límites de su competencia, subordinando a dicha misión sobrenatural todo motivo de orden terreno. Don Miguel de Unamuno ha sido ensalzado por mucho tiempo como un escritor de rara fuerza, como un rebelde, y su actitud ante los grandes movimientos literarios y políticos le ha valido la adoración de cuantos aman la libertad de pensamiento como el valor supremo del hombre y la sociedad. La Iglesia, al condenar las dos obras del rector de Salamanca y al amonestar a los católicos contra los peligros doctrinales y morales de otras obras de don Miguel de Unamuno, no expresa un juicio sobre el valor literario o filosófico y mucho menos sobre la intención del autor. Condena la negación del dogma y la ignorancia de la verdad. (...) Esto no es una novedad ni un retorno a la Edad Media. Es, simplemente, la posición lógica de quien tiene una absoluta conciencia de su sobrenatural misión. (...) Y es precisamente esta actitud la que libra a la Iglesia de todo compromiso con una opinión pública".

Cuando se publicó esta nota (2 Febr. 1957 en Barcelona) Laye ya no existía. El contenido de la declaración no hacía sino confirmar lo que habíamos pensado desde los días de Qvadrante, diez años atrás. (Y por ello Qvadrante se había distinguido por la defensa de la escuela pública, y del instituto de segunda enseñanza estatal, y por el monopolio estatal de la universidad, frente a las órdenes religiosas). En este país era necesario un Estado fuerte que pudiera oponerse a las pretensiones de poder absoluto de la Iglesia.

Los dramas humanos del subdesarrollo no iba a solucionarlos, sino al contrario, iba a agravarlos, una Iglesia clasista, totalitaria, y que consideraba como enemigos a quienes auspiciaban la libertad de pensamiento, primer y necesario paso para la libertad política. Una Iglesia que condenaba el ejercicio de la libertad de pensamiento en modo alguno podría ser una aliada por la libertad política. Pero había algo más: ya con ocasión de la muerte de Ortega en 1955 se hizo transparente que aquel poder transpersonal y absoluto era asimismo un poder transnacional. Si en algún periodo de la historia del franquismo había estado justificado, o había sido adecuado y pertinente, el concepto de "nacional-catolicismo", era obvio que esa pertinencia ya no se producía. Había precedentes de ataques inquisitoriales a otras grandes figuras de la historia cultural del país. Por ej., en el num. 41 de Arbor Federico Suárez había publicado un ataque en toda la línea a Balmes, considerándolo demasiado liberal. Y cuando murió Ortega, una revista que aparentaba ser cultural y liberal, Índice, dedicó al filósofo español un número monográfico (Índice, Año 10, num. 85, Octubre 1955) en el cual casi en cada página se advierte a los jóvenes lectores que Ortega estaba fuera de la Iglesia. Esto era, al parecer, lo que había que repetir, en vez de entrar en el análisis de su pensamiento. Evidentemente, aquella Iglesia tenía ya poco de "nacional", puesto que trataba de borrar de la enseñanza, de las bibliotecas, y, si podía con ayuda de la policía, incluso de las librerías, las obras de algunas de las figuras intelectualmente más importantes y con dimensión internacional, de la cultura nacional.

En mi experiencia iberoamericana ulterior, años más tarde, he comprobado que la Iglesia reclama la libertad y trabaja por la libertad de la mayoría, cuando ella está en minoría. Pero en cuanto tiene poder suficiente y consigue la subordinación del poder político, tiende a transformar a éste en brazo armado que implemente sus decisiones. Y esto, tanto antes como después del Concilio Vaticano II.

Procede . . . decir que un grupo tan poco homogéneo, políticamente considerado, como era el grupo Laye (aunque era sumamente homogéneo en otras dimensiones), no todos participaban de la idea de

necesidad de un Estado fuerte. En una época en que el Estado intervenía administrativamente en la vida económica, exigiendo una cantidad de autorizaciones y permisos para el más mínimo acto empresarial individual, era muy difícil, en una sociedad burguesa como la de Barcelona, proponer que el Estado debía ser, al fin y al cabo, un Estado fuerte (aunque para otros fines). Sin embargo, algunos de los miembros de Laye estábamos convencidos de que la tarea de educación de los hijos de los obreros, el desarrollo científico del país, la elevación de la conciencia histórica y la formación de una conciencia cívica, la formación humana para la libertad, eran precisamente funciones exigibles al Estado, y que éste, para realizarlas, debía ser fuerte. Esperar de las órdenes religiosas o de los capitalistas privados que se pusiesen a educar a los hijos de los obreros o a elevar el nivel cultural del país, constituía vana ilusión.

Para este sub-grupo dentro del colectivo, era además una perversión que el Estado se convirtiese en brazo ejecutivo de la Iglesia. En no pocas conversaciones Manuel Sacristán había recordado la conflictiva historia que con el Papado habían tenido monarcas como Fernando de Aragón, Carlos I, Carlos III, e incluso el Regente Cisneros.

Ahora bien, tanto en Laye como en el entorno del que a veces recibíamos adhesiones o del que venían algunos otros jóvenes para participar en mesas redondas más o menos informales, había quienes no opinaban de ese modo. El problema debía ser reducido, según ellos, al poder estricto del Estado. Cuanto más débil el Estado, tanto mejor. El Estado debía ocuparse de la estabilidad de la moneda y del orden público, y de pocas cosas más. Esta actitud no era rara en unos momentos en que se producía el hecho curioso de que algunas publicaciones políticas clandestinas en Barcelona (por ej., una muy bien editada, titulada La Víspera, imitando los caracteres tipográficos de La Vanguardia) insertaban citas de Adam Smith sobre la libertad económica. Dicho de otro modo: la Iglesia podía exigir lo que quisiera en función de causas sobrenaturales; pero si el Estado era débil, cada uno podía fabricarse su pequeño oasis de libertad personal.

Así la cuestión de la libertad de pensamiento, termina

inscribiéndose en otro contexto más amplio, con problemas que siguen vigentes: las obligaciones del Estado respecto de sus ciudadanos. ¿Debe el Estado ceñirse a garantizar el orden público y la estabilidad de la moneda, dejando que cada miembro de la población adopte el proyecto vital que le dé la gana, o tiene el Estado obligaciones respecto a un cierto proyecto de país y una cierta idea de lo que debe ser, o puede llegar a ser si se le dan los medios culturales exigibles, el individuo humano?

Como es ocioso señalar, la pregunta tiene particular pertinencia para aquellos sectores de la población que, por carecer de recursos económicos, carecen hasta del nivel de lenguaje conceptual necesario para aprehender intelectualmente trozos enteros de la realidad social, no tienen otro horizonte que las necesidades puramente vitales y el trabajo indispensable para satisfacerlas, y por tanto están para siempre marginados de ciertos niveles de comunicación humana que son los que contribuyen a que el individuo se haga persona, y además persona única.

De modo que esto depende, ciertamente, de si se cree que el Estado tiene, o no, obligaciones culturales respecto de sus súbditos, para que éstos puedan devenir (como decía Rousseau), ciudadanos. (Ciudadano = una forma superior de ser hombre).

Una simpatizante de Laye que en 1954 marchó al exilio, y 25 años más tarde ha vuelto al país después de haber desempeñado una cátedra en Estados Unidos, opina ahora que en definitiva nuestras batallas de aquella época eran artificiales y egocéntricas. En cuanto intelectuales, queríamos tener un público lo más amplio posible compuesto por gentes que viviesen también problemas intelectuales. Pero la realidad es (dice mi interlocutora) que el país salió adelante, con nosotros o sin nosotros, y que en cada país, en todos los tiempos, ha habido muchas gentes, la mayoría, que jamás se cuidaron de si había o no libertad religiosa o libertad política, siguieron aborregadamente a los gobernantes de cada periodo, y vivieron, procrearon, y murieron, a su modo.

Ciertamente, así es. Por ello dije antes que las cosas dependen de la idea que se tenga del ser humano, de si merece, o no, que se le ayude a ser otra cosa que lo que es.

Concluiré el contenido de este acápite recordando

dos cosas que son nada inocentes y que conviene no olvidar en lo que atañe a la completud de nuestra memoria histórica. La primera hace referencia a la distancia ya existente entonces, en materia religiosa, entre la población catalana y la del resto de España. La segunda, registra simplemente la corrección que el propio régimen del Gral. Franco hizo del integrismo, una vez que las realidades económicas y sociales europeas se habían impuesto sobre las puramente doctrinales.

En los primeros años del decenio de 1950 no había organismos, ni oficiales ni oficiosos, de prospección de la opinión pública, ni se hacían apenas encuestas macrosociales, ni había llegado a España la tarjeta perforada IBM para ser utilizada en la codificación de encuestas sociológicas, ni había (que yo sepa) programadores para computadora en esa materia. La sociología que se daba en las universidades era más bien filosofía social e historia de las doctrinas sociales. La asignatura de sociología estaba asociada a la de Ética (todavía lo está en algunos Departamentos). El año 1952 fué un año de intenso fervor religioso oficial, a causa, primero, de una Santa Misión que se celebró en 1951 en Barcelona, y, luego, del Congreso Eucarístico Internacional, también en Barcelona, con la presencia de todo el alto clero del país, el gobierno en pleno, la familia del dictador y, claro es, el propio Franco. Todos los medios de comunicación de masas realizaron un gigantesco tour de force religioso-político para movilizarse a la gente en los actos del Congreso Eucarístico, de modo que éste impactase aunque solo fuese por su magnitud. En Laye hay algún comentario al Congreso (num. 19, pag. 100) que muestra la perplejidad de la redacción ante "la psicología de esta ciudad compleja"; y hay, sobre todo, la reproducción de ciertos textos oficiales de entonces que, por su propia retórica décimonónica, descalifican ya el género literario-mesiánico al que pertenecen. La inclusión de tales textos producía un efecto de rechazo en cualquier mente racional; pero, obviamente, Laye no era un órgano de comunicación de masas.

En este contexto hay que traer aquí la encuesta que unos aprendices de sociólogo, miembros de la Acción Católica en las

Fuerzas Armadas de la IV Región militar (Cataluña), hicieron entre los mozos que estaban cumpliendo el servicio militar en el invierno 1951-1952. Se pasó a los mozos un cuestionario, respetándose el anonimato. Desde el punto de vista metodológico fué una encuesta rudimentaria, con exploración manual, y por tanto con simples distribuciones en porcentajes. Pero había al mismo tiempo (lo que era importante y lo que, hasta cierto punto, suple otras carencias), tres variables controladas:

- el grupo de edad y sexo (puesto que todos eran varones y reclutas del mismo reemplazo),
- la clase social (puesto que todos eran jóvenes con educación baja: ninguno había podido reclamar la incorporación a las Milicias Universitarias, lugar ad hoc del servicio militar para la casi totalidad de los jóvenes de clase media, media-alta y alta),
- el origen geográfico, por regiones.

Esta última variable permite leer los porcentajes correspondientes a los mozos catalanes separadamente de los andaluces, castellanos y leoneses, etc.

Los resultados fueron publicados a lo largo del año 1952 en una serie de números de la revista Pensamiento y Acción, órgano de los oficiales miembros de Acción Católica, Apostolado Castrense, en la Cuarta Región militar. Dejando aparte la confusa retórica que se intercala entre los resultados aritméticos, aquella rudimentaria encuesta juvenil tiene aspectos de sumo interés, no solamente por la época, aspectos que contribuyen a explicar la composición social y cultural que hacía, en sus respectivos niveles, posibles los fenómenos como Quadrante, Laye, Revista, y otros análogos no pertenecientes a la comunicación por vía impresa. No es aquí lugar pertinente para enumerar series de porcentajes. Digamos brevemente varias cosas:

-- el propio responsable de la encuesta, un teniente-coronel de ingenieros, se percata suficientemente de la particularidad cultural (en el sentido intelectual, educativo) catalana, y lo dice así varias veces: mayor madurez, más respuestas racionales, más responsabilidad moral y social, muchísimo más espíritu asociativo, más "seny" ;

-- las distancias culturales, trascendentes a la esfera religiosa, entre los tres grandes bloques, o los tres grandes 'perfiles' de jóvenes (por asociación de rasgos), que resultan de las respuestas: el andaluz, el castellano-leonés, y el catalán;

-- el grupo andaluz, sobre todo si era de origen rural, muestra mayoritariamente que vive al margen de la Iglesia; pero no es por anticlericalismo, sino por su absoluta indiferencia, por su bajo nivel cultural (educación primaria incompleta, analfabetos, etc), por haberse construido unos comportamientos vitales ajenos al clima cultural y político entonces imperante (ex. gr., una cierta, relativa, admisión de relaciones sexuales más precoces), por no tener contacto alguno con el clero (que por aquella época estaba concentrado, debemos añadir, en las provincias de la mitad Norte del país, las más ricas en la distribución geográfica del ingreso nacional), etc.

-- el grupo castellano-leonés es el más identificado con la Iglesia, con la práctica religiosa regular, con el discurso eclesiástico, con los enunciados tradicionales del dogma; pero lo es en forma acrítica, repetidora de frases comunes, enfatizando la obligatoriedad de la tradición y la obediencia a la autoridad de los padres;

-- el grupo catalán ocupa una posición intermedia entre el andaluz y el castellano-leonés por lo que concierne a adhesión a la Iglesia y a práctica religiosa; lo que le distingue es más cualitativo que cuantitativo: las respuestas son razonadas, la fé (entre los que la tienen) es asimismo más razonada; ahora bien, es asimismo un grupo en el que 23 % de jóvenes se declaran al margen de la Iglesia y de creencias (29 % en la totalidad de la muestra), y es el grupo que da menos adhesión personal al clero ("los curas") (79 % de adhesión personal a los curas en León, 49 % entre los mozos de origen catalán); y el que da porcentajes más altos de opiniones críticas e incluso peyorativas sobre el clero (8 % entre los catalanes, 1 % entre los castellanos).

Con todas las reservas metodológicas que sean necesarias en una encuesta primeriza como aquella, los datos son indicadores de que casi un tercio de la juventud catalana de clase trabajadora esta-

-ba en pleno proceso de secularización, y ésto a pesar del frenesí religioso de todos los medios de comunicación de masas en aquellos meses (o años). Obviamente, la secularización debía ser más intensa entre la minoría privilegiada que leía libros extranjeros y conocía los precedentes históricos de lucha entre el poder religioso y el poder político, en Europa, desde la medieval cuestión de las Investiduras.

Mencionaré por último la rectificación del integrista por el propio gobierno del Gral. Franco, la cual se produjo cuando éste ya había abierto totalmente las fronteras al turismo internacional (en condiciones monetarias ventajosas), había solicitado la adhesión a la Comunidad Económica Europea, y había tomado nota de algunos aspectos del Concilio Vaticano II. Una disposición adicional a la Ley Orgánica del Estado de 22 de Noviembre de 1966 (referéndum de 14 Diciembre de 1966) rectificó el artículo 6 del llamado Fuero de los españoles, y dejó la redacción del párrafo segundo de dicho artículo 6, diciendo lo siguiente:

"El Estado asumirá la protección de la libertad religiosa, que será garantizada por una eficaz tutela jurídica que, a la vez, salvaguarde la moral y el orden público".

Lo cual era substantivamente diferente de la situación creada por el Concordato de 1953. Pero el daño hecho entre tanto, en la educación pública y en toda la vida intelectual del país, difícilmente puede olvidarse.

2. 1 . 3 . - Las coordenadas sociales.

Un hecho fundamental impone sus rasgos en todo el contexto 1947-1951 : no se ha iniciado todavía el proceso de industrialización. Por tanto, el país descansa sobre las actividades agrarias y las del sector terciario tradicional. Es más: la escasez de productos alimenticios, apenas paliada por los envíos desde Argentina y, luego, de Estados Unidos (estos últimos al amparo de la llamada Ley Pública 470), había contribuido a desplazar a una fracción de pobla-

-ción activa desde los grandes núcleos urbanos hacia los rurales y los de tamaño intermedio, no solamente como productores agrarios sino también (y sobre todo) como comercializadores e intermediarios. La coyuntura económica favorecía precisamente a quienes sabían operar, en los circuitos de distribución, entre el productor rural y las grandes masas urbanas. De aquí el ambiente de prosperidad artificial que caracteriza, en aquella época, ciertos núcleos urbanos de un rango particular: capitales de comarcas especialmente ricas como productoras agrarias, centros de enlaces ferroviarios o de carreteras, etc. Localidades como Medina del Campo, Miranda de Ebro, Calatayud, Vic, Valls, etc., que no son capitales de provincia, que no están apenas industrializadas, registran una actividad febril y ven el enriquecimiento de fracciones de la población que antes eran, bien pequeños propietarios rurales o pequeños comerciantes, bien anónimos asalariados del sector terciario en las grandes urbes. Algunos economistas registran el fenómeno económico-social (que alcanza desde 1940 a 1951 inclusive) con el concepto de re-ruralización del país. Sobre esta base se desarrollan representaciones sociales e ideas que son, en lo económico, muy liberales (es decir, enfatizan la necesidad de la libertad económica, el final del papeleo burocrático y de los controles administrativos, propios del modelo falangista del Estado), y viven de y gracias al, mercado. Al mismo tiempo, a causa del peso de los contextos rurales o semi-rurales, los cuales impregnan los hábitos, costumbres, valores y pautas de comportamiento de las pequeñas ciudades, aquella gente que era liberal en lo económico, era profundamente conservadora en lo político, lo social, y lo religioso.

La lectura del semanario Destino resulta de utilidad y de transparencia por lo que concierne a la vitalidad económica y al peso de las ideologías tradicionales, en las pequeñas ciudades catalanas en aquella época.

No se había producido todavía el fenómeno de presión de la población excedentaria en relación a la producción y el tamaño de las explotaciones familiares rurales. No había grandes migraciones rural-urbanas. Más exactamente: no las había todavía por lo que concierne a la mitad Norte de la península (quizá con la excepción del tradicio-

-nal flujo gallego hacia Madrid-capital); empezaba a haberlas, en magnitud creciente, tanto en el interior de Andalucía como desde la propia Andalucía hacia Barcelona. Las espantosas condiciones de hambre y miseria en ciertas zonas andaluzas y del sudeste árido, contrastaban con la episódica prosperidad rural y comercial en la mitad Norte del país. Ahora bien, por lo que atañe a Barcelona-ciudad, la situación aquí, en los primeros años del decenio de 1950, era todavía de estancamiento industrial, de empobrecimiento de las masas obreras, de incremento en la vejez de las estructuras urbanas que habían sobrevivido a la Guerra Civil y que testimoniaban aún del esplendor de la Barcelona de los años veinte y principio del decenio de 1930. La emigración a Argentina y a Venezuela es un fenómeno, si bien cuantitativamente minoritario, cualitativamente significativo entre la clase obrera y la clase media barcelonesa. La ciudad ofrece en aquellos años un aspecto de decadencia, calles y rostros sombríos. A causa de las sequías y de la insuficiencia de la producción de energía eléctrica, Barcelona sufre restricciones obligatorias de consumo de electricidad (que llegan a cortes de hasta 4 días a la semana) en Noviembre de 1948, Marzo 1949, Octubre y Noviembre de 1950. Los industriales se ven compelidos a instalar grupos electrógenos propios (que consumen gasoil) al pie de sus talleres o fábricas. Toda España pasa por momentos dramáticos en el año 1949. La prensa clandestina lo refleja adecuadamente. Asimismo la prensa de la oposición exiliada en México o en Francia, a la cual pertenece este texto, notable por su calidad literaria:

"No llueve en España. Si bien se mira, en España no ha llovido nunca. Polvo, sudor y hierro, el Cid se asoma a la vega valenciana con el ansia de llevarse a sus resecos labios la pulpa fresca de las naranjas. Abrasa el sol, ese mismo sol que no habrá de ponerse en los dominios del Rey Felipe. Inmóvil en su centro escurialense, cenizas ya sus miembros, hollín su fúnebre ropilla, el católico rey, a medias calcinado, preside desde su silla de tijera la gran sequía española."

"Persiste a través de la historia de España el humo inquisitorial de aquellas hogueras. No cae una gota. Y si cae, presto se extingue en el sediento polvo en que se arrodilla Santa Teresa. ¡Santa Teresa, San Juan de la Cruz ! Es privativo de España el que las

fuentes de la inspiración -- esa dichosa lozanía agreste de nuestros místicos -- vayan de la tierra al cielo, tal que si lloviera hacia arriba, y muy rara vez del cielo a la tierra".

"Hoy se vende el agua en España, se pesa y se mide: pronto la veremos acuñada, con la efigie del Generalísimo en cada gota -- en cada lágrima --, grabada la leyenda de la buena sed: "gota de agua por la gracia de Dios".

(Texto anónimo, en la revista de la emigración republicana en México, Las Españas, número de Abril de 1949).

Es absolutamente preciso identificar este paisaje social para comprender por qué arraiga todavía una cultura de la austeridad y de la pobreza, a veces expresada en términos cristianos arcaicos. Junto a las procesiones de reliquias de santos que van de un extremo a otro de la península, se desarrolla una literatura que en las publicaciones castellanas es, o pretende ser, mística, pero que tiene asimismo sus ecos en Barcelona en otra forma literaria y con un contenido algo diferente, sin perjuicio de la fundamental identidad espiritual básica. Basta leer la colección de la revista católica barcelonesa El Ciervo, para percatarse de que también aquí arraigaba una cultura de la austeridad, casi del ascetismo, como ideal humano, o al menos como el ideal compatible con las virtudes cristianas. Este rasgo no se encuentra nunca en Qvadrante ni en Lave. (Pero sí se encuentra en Alférez, en Alcalá, en Índice, e incluso en Correo Literario, en la edición de Madrid).

Simultáneamente la gran burguesía y los especuladores del mercado negro poseían sus singulares oasis de lujo (y de extravagancia social) viviendo de espaldas a la inmensa escasez. No es sorprendente que fuese Barcelona, donde la memoria histórica de la prosperidad del periodo anterior a la Guerra aún pervivía, la ciudad que abriese la fase de protestas cívicas masivas en el año 1951. Las huelgas de transportes urbanos (25 Febrero - 3 Marzo 1951) fueron acompañadas de manifestaciones estudiantiles que arrastraron a una gran multitud juvenil (no dejando un tranvía con un cristal íntegro) y preludiaron la huelga general ciudadana del 12 de Marzo de 1951, una verdadera huelga de protesta política por las condiciones de vida, la situación alimenticia, etc. La pluralidad de las manifestaciones callejeras revela la fragmentación real de las conciencias colectivas.

Había quien cantaba La Internacional y caía bajo las cargas de la policía armada (hubo dos muertos y una docena de heridos), y había quien llevaba una pancarta invocando a Franco contra los burócratas del propio Régimen. El 16 de Marzo el gobierno enviaba a Barcelona, con amplios poderes, al General Felipe Acedo Colunga, miembro del Consejo Supremo de Justicia Militar y del Cuerpo Jurídico del Ejército del Aire, fiscal en los sucesos revolucionarios de Asturias en 1934, y fiscal militar en "los territorios liberados" durante la guerra civil. Este hombre iba a marcar fuertemente toda la vida cívica y política barcelonesa durante diez años, distinguiéndose por su arbitrariedad, sus iniciativas pintorescas, y un cierto paternalismo. Empezó por destituir a todos los funcionarios y personajes sindicales y más o menos "azules" que se habían puesto al lado del pueblo. Hizo practicar centenares de detenciones, la mayoría no duraderas, puesto que tenía una sed de devenir popular. Se percató de que existía un fundamental problema de estancamiento económico, y en este aspecto contribuyó (junto a otros portavoces de la burguesía barcelonesa) a vehicular al gobierno exhortaciones a favor de una política económica expansiva. Y en fin, durante unos meses, trató de resolver el problema de la miseria con expedientes como el de hacer ocupar policialmente la Estación-término del ferrocarril para reenviar a Andalucía a los inmigrantes que llegaban sin contrato de trabajo, e iniciar algunas obras públicas callejeras y en los barrios de "barracas" (que entonces cubrían una parte de la montaña de Montjuich y de las colinas del Guinardó). Mentalidad que tenía el orden público como prioridad de prioridades, escritor de notas a los periódicos en un estilo que había aprendido en su juventud del General Primo de Rivera y que provocaba la indignación o la carcajada en cualquier persona con una cierta cultura política, era al mismo tiempo un hombre sin el fanatismo religioso que animaba a otros personajes del Régimen: sentía una visceral desconfianza política tanto por los curas como por los falangistas. La sociedad civil barcelonesa, y en particular la riqueza de la vida burguesa y sus innumerables matices culturales, desbordaban por todos lados sus esquemas mentales gruesos y primarios; por ello sus intervenciones en la universidad (en 1956 y 1957) fueron brutales, pero al mismo tiempo subjetivas, discontinuas, con matices grotescos de opera bouffe, oportunamente cerradas por el propio General Acedo en cuanto se daba cuenta de que era necesario, o bien radicalizar la brutalidad (lo que el Régimen ya no podía permitirse y él mismo no deseaba), o bien retirarse

a su despacho de la Plaza Palacio antes de hacer más manifiestamente el ridículo. Gozó de los consejos, orales y escritos, de personas importantes de la burguesía barcelonesa. Dado que en este país no se escriben libros de memorias y que la correspondencia de los hombres públicos suele ser quemada por las familias a la muerte del personaje, muchos aspectos de las relaciones que el General Acedo logró establecer, entrado el tiempo, con personalidades económicas y cívicas barcelonesas, quedarán sin documentar y sin otra mención que el mero testimonio que yo aportó en estas líneas. En fin, no se opuso a la autorización de nuevas publicaciones (El Ciervo, Revista, etc.), y en el caso de Laye no nos molestó directamente; la revista no era, para él, un problema de orden público.

Las huelgas en Barcelona, en Pamplona, en Bilbao, demostraron al gobierno que era indispensable cambiar el rumbo de la política económica, o más precisamente, había que asumir una política económica en lugar de las simples cuentas monetarias de entradas y salidas que hasta entonces se habían practicado. Por ello la coyuntura cambia desde 1952. Está todavía en curso la Guerra de Corea, y en todo el mundo hay un boom sobre los precios de las materias primas. En Estados Unidos se emprenden gigantescos gastos de rearme, los cuales sostienen la actividad general de la economía hasta la recesión, breve pero muy intensa, del invierno 1956-1957. En Alemania Occidental la economía saneada por la fundamental reforma monetaria de Junio de 1948, demuestra que puede absorber millones de alemanes procedentes de los países del Este, terminar rápidamente con la reconstrucción física de las estructuras de base, y abrir un desarrollo capitalista que preludia la sociedad de consumo. En la segunda mitad del decenio de 1951 a 1960 es ya Alemania Occidental, no Estados Unidos, el modelo del capitalismo expansivo y "social" (ésto es, haciendo participar a las clases trabajadoras nativas, alemanas, de niveles de confort que se suponía habían existido en América en los felices años veinte pero que nadie había vuelto a ver en parte alguna). También hacia el final del mismo decenio, en Gran Bretaña han mejorado las condiciones de vida de tal modo que el Primer Ministro MacMillan (conservador) les dirá un día a los obreros aquello de You Never Had It So Good!

La industrialización por substitución de importaciones implica, en España, la fiebre de fabricar cualquier clase de máquina, cualquier electrodoméstico, y cualquier vehículo, con tal que sea "nacional". Al amparo de una legislación protectora y con una mano de obra barata, crecen los pequeños empresarios. Aparecen las grandes migraciones interiores. Y consecuentemente, los negocios locales con la urbanización y con la vivienda.

Obviamente, las grandes migraciones interiores traen a Barcelona y su área unas masas de origen rural y de bajos niveles culturales, que impactan negativamente a las fracciones más cultivadas de las clases medias nativas. En la conciencia colectiva se replantea el problema del proletariado. En Francia y en España, en Italia y en Argentina (los cuatro puntos de referencia, en la época, para los intelectuales, los proto-políticos, y los observadores catalanes), continúa vigente un pesimismo económico que declara al sistema capitalista incapaz de resolver el "problema social". Solamente algún economista y los empresarios más audaces se oponen a esa opinión, la cual se mantiene desde la Gran Depresión de los años treinta.

Ahora bien, el optimismo de los liberales en materia económica, es simultáneo con un profundo pesimismo moral. Gentes que admiran el sistema económico americano y que creen que es perfectamente exportable a Europa, expresan al mismo tiempo juicios tétricos sobre el futuro de los valores europeos y de la propia sociedad europea. Las guerras coloniales (Indochina, Argelia) y el episodio de Suez (Octubre 1956) en el cual los Estados Unidos se ponen al lado de Egipto contra Inglaterra y Francia, acentúan ese pesimismo.

De aquí que cada acto de afirmación cultural europea, a veces incluso con perceptibles dimensiones antiamericanas, sea asumido y vivido como algo necesario, casi heroico. Este aspecto es común, en el periodo, a fracciones de clases medias e intelectuales en Barcelona y en París, y tenerlo en cuenta ayuda a explicar textos, motivaciones, y actividades, cuya filiación ya no está en la rebeldía juvenil post-fascista.

Veamos ahora las cosas más en detalle.

2. 2. - Europa y el problema de España.

Uno de los libros que en los primeros años del decenio de 1950 tuvieron un mayor impacto entre los jóvenes universitarios barceloneses, fué el epistolario entre Unamuno y Maragall, publicado por una pequeña editorial local (Unamuno y Maragall: Epistolario, Edimar SA., Barcelona, 1951). El pequeño volúmen contenía, además de una selección de cartas, algunos extractos de textos de uno y otro autor. En los seminarios de instituciones culturales y en mesas redondas de los Colegios mayores, el libro estuvo sobre la mesa por lo menos un par de años, fuente de apasionadas discusiones. La llamada "Generación del 98" había sido objeto de una crítica política masiva e indiscriminada por parte de los falangistas, a causa de la falta de fé en el futuro de España y del nihilismo (o más bien, agnosticismo) político que caracterizaba a la casi totalidad de los miembros del grupo generacional y literario; éstos habían sido también criticados por la Iglesia en cuanto muchos de ellos, o todos, eran o heterodoxos o no creyentes; en fin, los militares, y el General Franco en no pocas ocasiones, justificaban a menudo el Alzamiento (i.e., la rebelión militar de Julio de 1936) como una reacción patriótica contra una ideología, o una representación de España, que había aniquilado la voluntad en la juventud. De este modo, la Generación del 98 estaba atacada por tres flancos, por lo menos. En Cataluña se les consideraba, además, unos castellanistas. Cabe imaginar la sorpresa y la fruición con que los jóvenes barceloneses leían cosas como la siguiente:

"Ustedes me tienen por un genuino representante del alma castellana, por una especie de ultracastellano, y no saben bien lo que sufro entre esta gente (...)
¡Esto es imposible! He querido darles el conocimiento de sí mismos. ¡Todo inútil! (...) Cuantos esfuerzos hacemos por entrarles en razón se estrellan en su authadia (...) (...) authadia es una palabra preciosa. Significa etimológicamente la complacencia en sí mismo, el estar uno satisfecho de sí. Y luego vino a significar insolencia, arrogancia. No puede ser, que-

.../...

-rido Maragall, no puede ser. Estoy amargado con lo que veo y oigo. Dispénsame, usted sabe que aborrezco las groserías, pero voy a decirle una. Estas gentes en la mollera en vez de sesos tienen testículos". (Carta de Unamuno a Maragall en 15 de Mayo de 1907).

Aunque la prensa de principios del decenio de 1950 no hablaba nunca del asunto, era un hecho conocido (por lo menos en los ambientes de intelectuales y universitarios) el incidente que Unamuno había tenido con el jefe de la Legión, General Millán Astray, en la Universidad de Salamanca, cuando la Guerra Civil llevaba ya cuatro meses de desarrollo, y era conocida la posición de Unamuno frente al alzamiento militar: "Venceréis pero no convenceréis". Menos conocida, o casi ignorada, era su posición frente al nazismo alemán. De haber vivido Unamuno, habría tenido graves problemas en la época de papanatismo generalizado europeo por el Reich de los Mil Años y por su Führer (papanatismo que en España llegó a niveles del fanatismo religioso entre las clases medias, incluida la burguesía barcelonesa). Unamuno había visto a tiempo (o a destiempo, puesto que Hitler estaba ya en el poder) que el nuevo mesías era un deficiente mental y espiritual, y se había preguntado "¿Cómo puede fascinar a una masa humana un sujeto de tan escandalosa ramplonería?" (art. titulado Cruce de miradas, en Ahora, Madrid, 21 Diciembre 1934, recopilado en 1949 por la Colección Austral, Buenos Aires, antología de textos titulada Misiones y comentarios). Todo esto lo sabíamos en Barcelona, pero no por ello podíamos estimar que Unamuno fuese un modelo pedagógico, ni político, pertinente para los problemas del atraso económico, social y cultural de España. Era más bien un modelo moral, un guía de honradez cívica, un constante alertador contra las seducciones de la charlatanería tanto política como científica entre mentes que, por jóvenes y generosas, conceden crédito intelectual a quienes no lo merecen. Algo similar podía decirse de Maragall. Pocos años después el Prof. J.J. Trias publicó en la Revista de Estudios Políticos un largo ensayo sobre el pensamiento político de Maragall. (R.E.P., num. 113-114, Sept. 1960). Era obvio que entre Unamuno y Maragall había muy pocos puntos comunes, pero los que existían eran fundamentales: un desprecio por el plebeyis-

-mo de la mayoría de los profesionales de la política, un distanciamiento muy crítico respecto a las formas plebeyas de la democracia, una afirmación de la necesidad de élites dirigentes tanto en lo político como en lo cultural, élites creadoras y originales, autóctonas, y por tanto lo contrario de los serviles imitadores de "la última novedad filosófica, científica, literaria o artística de Europa" (como dice otra carta de Unamuno a Maragall, 4 Enero 1907).

Aunque el librito no tenía mayor trascendencia substantiva (su impacto era circunstancial y reactivo, como antagonista de la delirante propaganda del Régimen sobre sí mismo y sobre el católico y al fin salvado país), había otros aspectos conexos que han de mencionarse como proemio a lo que luego he de decir. En aquellos momentos se tenía cierta dificultad en ser europeo, o más exactamente, en hacer la propaganda del europeísmo: del otro lado de los Pirineos lo que llegaba era, o bien una filosofía de la angustia existencial y de la soledad humana ante la muerte y ante el devenir del tiempo (las diversas versiones, germánicas, protestantes, o francesas, ateas, del existencialismo), o bien la deformación dogmática stalinista del marxismo (que era, como Sacristán puso de relieve diez años después, más Engels que genuino Marx), o en fin, el materialismo anglosajón en su forma economicista, empirista, liberal e individualista a ultranza: el hombre a la caza permanente del beneficio monetario. La llamada de Unamuno a la creatividad era portadora de un cierto sentido, sobre todo si se la depuraba abstrayendo negativamente los pintorescos paroxismos africanistas que de vez en cuando la adornaban.

"Ahora lo veo claro: Usted el africano, es el único europeo en esa Africa, porque claro está que los verdaderos africanos son los que no saben que son africanos: es menester tomar perspectiva, poder situarse en Europa, para descubrir el Africa que en nosotros haya..." (Maragall a Unamuno, 17 Enero 1907).

Este lenguaje poseía un renovado valor en 1951, porque los signos externos del Régimen estaban cargados de una forma grosera de africanismo. El Generalísimo se rodeaba, cada vez que salía a las calles de Madrid, y a veces en viajes a Sevilla o Valencia, de su famosa Guardia

Mora, un escuadrón de caballería con soldados marroquíes, turbantes blancos y largas capas saharianas, lanza en la diestra y rostro feroz, un espectáculo propio para babiecas rurales, que provocaba un reflejo visceral de rechazo cada vez que surgía en el No-Do en algún cine del centro burgués de Barcelona. En aquella época de redes primitivas de comunicación, cada gobernador de una gran capital de provincia era una especie de jefe de vilayet, dotado de poderes de discrecionalidad sobre la entera administración civil y policial, sin necesidad de consultar a Madrid : lo que importaba era la lealtad personal del jefe local y la garantía de que éste respondía asimismo de la lealtad de cada uno de los ocupantes de las estructuras jerárquicas, no la objetividad del abordaje de los problemas, ni la competencia o rapidez de su resolución. Todo el Régimen era como una confederación de clanes, con un pretendido enviado de la Providencia en la cúspide, al que se debía lealtad y fidelidad personales. Más que un Estado análogo a los europeos, lo que había era un Régimen, y era éste el que era fuerte, no el Estado propiamente dicho. En el otoño de 1949, cuando Isabel Llorach puso de nuevo en marcha en Barcelona, en el Hotel Ritz, las sesiones de Conferencia Club, tratando de revivir los fastos mundanos que esta entidad había exhibido en los felices años veinte, invitó a André Siegfried y a Jesús Pabón a dar las primeras conferencias. Toda la plana mayor de Qvadrante, que después estaríamos en Lave, tuvimos una noche una larguísima reunión con Pabón (y con Vicens Vives y otras figuras de la universidad barcelonesa: Estapé, Sureda, Latorre, etc) en un gran pabellón que en la calle Provenza, entre Rambla de Cataluña y Paseo de Gracia, poseía el financiero reusense, y banquero barcelonés, J. Carandell. Cuando los ánimos ya estaban animados, Pabón dió esta definición de Franco: el Alto Comisario de Marruecos en España. La Guardia Mora alargó su vida hasta la visita del Presidente Eisenhower a Madrid, y al fin cayó víctima de las restricciones de gastos impuestas por el Plan de Estabilización de 1959 y, por supuesto, de la independencia que hubo que conceder al Marruecos español. La España de 1951 estaba más cerca de la de 1907 que de la de 1960. De aquí que los textos antiafricanos de Maragall pareciesen todavía actuales en 1951: el piano de manubrio en las calles semivacías, la basura en los alcorques, la ramplonería de las conversaciones, los cabecillas de tribus

en la Administración o en la política.

Las preguntas omnipresentes en las mentes juveniles y en los aprendices de político, eran siempre del mismo orden: ¿Cómo es posible europeizar a este país? ¿Por qué este país, que geográficamente está en Europa, no es Europa?

La cuestión desbordaba el problema, limitadamente político, de la existencia del Régimen. Hasta 1954 no se empezó a comprender que el Régimen podía durar decenios más, tantos como la biología del dictador. Pero al mismo tiempo, en 1954 era ya evidente que la sociedad era capaz de organizarse la vida, y cada colectivo social y cultural de vivirla a su modo, de espaldas al Régimen. Sin que por ello los hábitos, los comportamientos, las orientaciones, la selección de valores, los niveles de comunicación humana, la modernización y el enriquecimiento personales, fuesen sensiblemente modificados, fuesen "más europeos". Cambiaba el tono vital de la mayoría de la población. Ganar dinero y olvidar lo pasado, los años de hambre y de austeridad, devenían las pulsiones ubicuas y urgentes. Pero si los automóviles utilitarios habían expulsado a los pianos de manubrio de las calles, ya no semivacias, y si las monedas de una peseta habían substituido el billete de papel de una peseta, y si la TV empezaba sus pruebas, lo cierto es que todo ésto seguía ambientado con cuplés de Sarita Montiel y con seriales radiofónicos de Sautier Casaseca, el pasto intelectual e infra-cultural de millones de mujeres de clase media, incapaces de rellenar de otro modo su ociosidad. Dicho crudamente: el problema no era solamente el Régimen; era también el país. Reencontrábamos así el temario de Joaquín Costa, y el de Unamuno, y el de Ortega: la carencia de necesidades espirituales, la falta de curiosidad científica, la autosatisfacción con niveles primarios de vida, la absoluta insolidaridad social, los entusiasmos febriles y episódicos por modas ramplonas y por saldos culturales.

Hoy resulta casi intratable, inmanejable de puro difícil, la tarea de transmitir una idea de lo que fueron entre 1949 y 1959 los debates intelectuales y profesionales en torno al llamado "problema de España". Creo que la cuestión se vivió, incluso, más apasionadamente en Barcelona, México, y Buenos Aires, que en el propio Madrid; el hecho tiene su lógica, porque el simple planteamien-

-to de ese problema era ya algo políticamente provocador. En un contexto político en el cual el Régimen pretendía haber resuelto, o estar en trance de resolver, todos los problemas del país, reemergía escandalosamente la cuestión del atraso de España, no como un problema técnico, económico, sino como un problema moral, político, metafísico, casi religioso. En vez de los problemas concretos, el problema de la acumulación de capital, el de la altísima proporción de población rural y la pobre industrialización, los problemas regionales, el problema catalán, la falta de investigación científica, etc., todo ésto y mucho más quedaba subsumido en un monstruoso problema de España, el propio país como problema. Probablemente Lain Entralgo no sospechó la clase de tumulto verbal que iba a armarse, ni por cuánto tiempo, cuando en 1949 decidió poner el provocativo título de España como problema a un opúsculo (el sustantivo es del propio Lain) en el que se contenían unas conferencias que había dado en Argentina, Chile y Perú, en 1948. No había transcurrido apenas un decenio, la obra alcanzaba, con una cantidad de adiciones e incorporaciones de otros textos de Lain, dos gruesos volúmenes con casi 600 pags. cada uno (Madrid, Aguilar, 1956). Esta edición concluyó por reemplazar totalmente al librito original, hoy prácticamente convertido en rarísima curiosidad bibliográfica. Ahora bien, lo que el título del opúsculo hacía no era sino radicalizar semánticamente lo que en aquellos momentos estaba en el ánimo de no pocos españoles e hispanoamericanos, algo que se materializaba asimismo en obras de otros autores que aparecieron en el mismo periodo (ex. gr., Las Españas, de Francisco Elías de Tejada; España en su historia, de Américo Castro; Los españoles en la historia, de Menéndez Pidal, etc.). Resucitaba todo el siglo XIX, el enfrentamiento excluyente recíproco de las dos Españas, trascendido a su vez por la oposición o la adhesión a Europa (o a la fracción europea que cada bando elegía como la suya). El pasado no estaba superado. A través de textos de otros (Ortega en primera línea) se oteaba de nuevo la posibilidad de que cada español necesitase ineludiblemente ser, antes que nada, político, porque para cada español "el problema primero, plenario y perentorio, es España" (sic!). "España era el problema y Europa la solución" (frases de Ortega en La pedagogía social como programa político, conferencia dada en Bilbao en 1910). La distanciación literaria y crítica, la consideración de aquellos textos como espectáculo histórico (algo que ya había practicado el propio Orte-

-ga respecto al europeísmo de Joaquín Costa y de otros), no podían ocultar que lo que estaba otra vez en juego era el aniquilamiento de media España por la otra media (como decía Larra), la politización radical imponiendo su primacía a toda otra clase de actividades humanas, incluso las de profesión y carrera, porque cada español nece-sita una transformación política de su realidad. Vistas las cosas de este modo en 1949 o 1950, cuando el ocaso del Régimen y la eventualidad de una revancha u otra guerra civil, tornaban a azotar las mentes de fracciones de españoles, a unas como estímulo, a otras como zozobra, puede entenderse el impacto del librito de Lain. El propio autor no había usado de diplomacias al escribir, ya de entrada, lo siguiente:

"Basta ya de preámbulo. Penetremos sin demora in medias res. Afirmemos tajantemente que el problema histórico de España ha sido desde hace siglo y medio, desde hace dos siglos quizá, un problema de ser o no ser". (tomo II, pag. 399 de la edición de 1956).

La oportunidad era única para un joven profesor motivado por una colosal ambición política, Rafael Calvo Serer. La respuesta de éste a Lain vino en forma de otro librito, ahora con el título España sin problema. Calvo Serer, una de las grandes promesas intelectuales del Opus Dei, aspiraba a la rápida transformación del Régimen en una monarquía autoritaria, semiparlamentaria, ultracatólica, conservando algunas funciones corporativas en lugar de un sistema representativo. Por el momento, salió negando la existencia del problema de España, puesto que el Alzamiento militar y el resultado de la Guerra ("de liberación") había sido precisamente dejar a España sin problemas otros que los estrictamente técnicos, en particular económicos, de institucionalización de la cultura y la universidad, etc. Una eficaz organización de relaciones públicas procedió a publicitar por toda España y algunos países europeos al profesor Calvo Serer y su librito. El día 9 de Enero de 1950 se le organizó en el restaurante Sicilia Molinero, en Madrid, una gran cena-homenaje. Entonces ocurrió un incidente que era el prelude de posteriores luchas menos retóricas. Un representante del Colegio Mayor César Carlos (que era una de las "joyas" del Régimen, y en el que había jóvenes que más tarde se distinguirían por su autonomía política) se levantó para leer un documento, en el cual, entre otras cosas, se decía lo siguiente:

"Nuestra España siempre se nos ha venido dividiendo y dividiendo y multiplicando hasta el infinito su división. La faz posiblemente más acuñante del polifacético problema español, quizá sea justamente ésta: la de la división entre los españoles. Ofrecer como bandera un interés pequeño, de grupo o secta, es suficiente para borrar la conciencia del interés general. Claro es que después viene el soborno de aquélla: defender la coincidencia del interés común con el interés sectario."(...)

(...) "Bastante tenemos ya con nuestros defectos. (El español es, naturalmente, demasiado amigo de sus amigos, para que encima vengamos a organizarlos). Una secta no es sino nuestro secular defecto actuando organizadamente, imponiéndose a los demás. Si, por otra parte, no se maneja una conciencia demasiado estrecha en cuanto a los medios utilizables para conseguir sus fines (si se estima, por ej., que la violencia física no significa en sí misma un desacuerdo radical con el orden jurídico en que se vive), entonces no hay más remedio que dar un aldabonazo de alarma: con el nombre de generación, de grupo, o de lo que sea, se está jugando a la desintegración de España".

El documento fué remitido a la prensa madrileña, y la censura lo suprimió íntegramente. Entonces los autores hicieron un tiraje en cyclostyl (por supuesto, sin pedir permiso a nadie) y lo enviaron a una cantidad de gente en Madrid, Barcelona, y otras partes del país. (Conviene meditar hoy lo que implicaba el párrafo sobre la violencia compatible con cualquier orden jurídico... o político. El que lo escribió veía largo). Ahora bien, como a menudo acontece en España, todo el asunto tenía al mismo tiempo un lado grotesco e irracional: Calvo Serer era intocable y era defendido por la censura entre otras cosas porque ésta estaba entonces en manos religiosas integristas y porque Calvo Serer había recibido un premio político-cultural, el Premio Francisco Franco 1949. Este premio, empero, lo compartía con Jesús Pabón, autor que poco después publicaría el primer tomo de su biografía de Cambó (Barcelona, Alpha, 1952). Los amigos de Calvo Serer en Arbor, y luego en Ateneo, aparecieron pronto defendiendo un retorno del regionalismo foral, atacando toda clase de centralismo administrativo, e incluso reivindicando a Prat de la Riba; en el bien entendido de que todo aquello debía incluirse en un contexto antiparlamentario, antidemocrático, de no admisibilidad del sufragio universal, y de ninguna permisividad cultural ni religiosa. El rechazo del sufragio universal y las enérgicas

críticas del intervencionismo del Estado en materia económica, eran la clave para entender el inmenso y barroco proyecto. Se preparaba la sucesión del General Franco (no existían todavía ni el Concordato ni los Pactos con los Estados Unidos), y se trataba de organizar el poder local y regional dándolo irrestrictamente a las burguesías empresariales y financieras, el poder cómodo y desnudo, limpio de reivindicaciones sociales y obreras, limpio de ideologías democráticas, cubriendo simplemente ciertas formas liberales constitucionales, y desde luego, con represión de toda ideología socialdemócrata, marxista, etc. Incluso Keynes era un precedente a borrar.

En Barcelona había una fracción de la antigua "Lliga Regionalista" que siempre había sido antikeynesiana y mucho más liberal que demócrata (i.e., para la cual la democracia era la negación del liberalismo). Esta fracción tenía miembros (Moreta, Solervicens, etc) que disponían de empleos, biblioteca, centro de estadísticas y de estudio, entre otros, en la Caja de Jubilaciones de la Industria Textil (sita en la calle Aragón 275). El pensador y dirigente de esta fracción era el economista Salvador Millet y Bel, distinguido antikeynesiano. En 1949 Friedrich von Hayek (luego Premio Nobel de Economía, 1974) había pasado por Barcelona y Madrid, dando unas conferencias. Hayek se entrevistó en Barcelona con miembros de aquella fracción de la "Lliga" (como lo haría, con algunas nuevas personalidades afines, muchos años después, al poco de la muerte del General Franco, también en Barcelona). En La Vanguardia habían aparecido varios artículos de Salvador Millet sobre Hayek. En uno de ellos, glosando El camino hacia la esclavitud (L. V., 10 Mayo 1949), Millet y Bel decía:

"Lo que ha estado a punto de unir alemanes, rusos e italianos en un frente común no han sido las ideas prusianas, sino las ideas socialistas. (...) No fué la burguesía, sino la falta de una poderosa burguesía, el factor que más ayudó a los nacional-socialistas a escalar el Gobierno".

(Por lo visto los Krupp, Flick, Thyssen, etc., no eran unos burgueses lo bastante poderosos). En el artículo titulado Hayek en Barcelona (L.V., 23 Agosto 1949), S. Millet y Bel pasa de la apología de Hayek al manifiesto político excluyente, no solamente de todo colectivismo, sino incluso del individualismo que sea racionalista, enciclopedista en su filiación, etc. (Estamos en la misma sintonía que la cruzada, 150 años a posteriori, contra la Revolución Francesa). La civilización europea y occidental solamente puede salvarse por el buen individualismo, el sano individualismo, el cual asume...

"una actitud de humildad ante el proceso económico-social, anónimo e impersonal, dentro del cual los individuos, colaborando espontáneamente, crean algo superior a su propio entendimiento".

(En otros términos: la identificación de la mano invisible de Adam Smith con los secretos e inabordables, incognoscibles, planes de la

Divina Providencia). En las reuniones con Hayek en Barcelona estuvieron asimismo presentes, entre otras personas, los catedráticos Lucas Beltrán y Juan Sardá (i.e., Joan Sardá i Dexeus, entonces catedrático de la universidad de Santiago, luego asesor del Banco Central de Venezuela, y en 1959 retornado a España como uno de los hombres-clave del exitoso Plan de Estabilización con el apoyo del Fondo Monetario Internacional, para el cual las relaciones técnicas entabladas por Sardá durante su estancia en Caracas y sus viajes a Estados Unidos, fueron fundamentales. En el artículo de Millet y Belcitado, éste tiene la honestidad de decir que las ideas que expresa no implican necesariamente las de Sardá y Bertrán). La actividad política de los prohombres de la "Lliga" en aquella época era un modelo de maquiavelismo y de pluralidad de estrategias. Se sentían aún obligados a cierto agradecimiento personal al General Franco, en cuanto éste les había devuelto las tierras y las fábricas colectivizadas durante la revolución anarcosindicalista de 1936-1937. Se habían constituido un alveolo de poder local dentro del propio Régimen: la Caja de Jubilaciones manejaba sumas enormes de dinero, ya que las cotizaciones de la industria eran obligatorias, y la textil era todavía la gran industria de Cataluña. Al mismo tiempo, en cuanto anticomunistas y anti-socialistas, debían preparar una sucesión del Régimen de Franco que evitase una revancha, y por tanto, en cierto modo, asegurar una continuidad en lo social, cambiando las formas en lo político y en lo económico. Las Bases de Manresa, con su rechazo del sufragio universal ^{on} y su regionalismo oligárquico, podían ser adaptadas y modernizadas. Las dos cuestiones centrales eran concluir con el Estado jacobino y disponer de la máxima libertad económica, empresarial, oligárquica, posible. Estos eran los puntos de confluencia con el grupo de Calvo Serer. Las invocaciones a Menéndez Pelayo (que eran la obsesión, en forma de slogans, de este último), no les molestaban demasiado: en definitiva Menéndez y Pelayo había sido uno de los grandes castellanos que habían defendido frente al Estado centralista (o más concretamente, ante el Poder de la dinastía borbónica, en los Jocs Florals de 1888 ante la Reina Regente) las particularidades culturales y lingüísticas catalanas.

Es más: la resurrección de una forma esencialista, metafísica, del catalanismo, de conformidad con los modelos del romanticismo alemán de orillas del Báltico, significaba una adecuada cobertura ideológico-cultural para un plan político que exigía la subordinación permanente de las clases trabajadoras, la ignorancia de los derechos de éstas en cuanto a educación pública, protección social, etc. Por ello la brutal intervención de Laye contra aquella reivindicación partidista y parcial de Prat de la Riba, y la puntualización de lo que realmente Cataluña debía a Prat de la Riba, son cosas que han de leerse en el marco de la orientación antioligárquica (no estrictamente anticapitalista, sino, digo bien, antioligárquica) de la mayoría de la redacción. (El tema tenía además un precedente en un artículo de Sacristán en Abril 1950 con motivo de un libro de uno de los grandes políticos de la "Lliga" supervivientes de la Guerra Civil, Lluís Durán i Ventosa. Sobre todo esto, volveré más adelante. En orden a la coherencia de la descripción, debo ahora retornar al contexto histórico general español).

Hayek pasó de Barcelona a Madrid y dejó en la capital del Reino a un grupo de convencidos anti-keynesianos. En efecto, poco después el Instituto de Cultura Hispánica editaba un volumen colectivo titulado Aspectos económicos de la Europa actual, traducción de una serie de conferencias dadas en el verano de 1952 por anti-keynesianos franceses en la universidad internacional Menéndez y Pelayo en Santander. En aquella época Alfredo Sánchez Bella, director del Instituto de Cultura Hispánica, hombre de una ilimitada ambición política, trabajaba entre bastidores para asegurar el trono de España a Otto de Habsburgo, o por lo menos para hacer de él un pretendiente plausible (en vez de los diversos pretendientes carlistas o de Don Juan de Borbón).

A principios del año 1952 Calvo Serer publicó (Edic. Rialp, Madrid) un nuevo libro, la Teoría de la Restauración. Aquí nos hallábamos ya con un programa político general, que Calvo Serer definitivamente redondearía, llegando tarde, en Septiembre de 1953 con un largo ensayo en la revista francesa Écrits de Paris. Calvo Serer cometía con Cánovas del Castillo una manipulación análoga a la que uno de sus amigos y colaborador de Arbor había cometido con Prat de la Riba. Era un Cánovas del Castillo archireaccionario, loader de Donoso Cortés, amigo de Menéndez Pelayo, buen católico, enemigo del sufragio universal y del parlamentarismo. La restauración de la monarquía que Calvo Se-

-rer estaba proponiéndonos significaba, de hecho, una especie de remake del Ancien Régime, con la unión del Trono y el Altar, alguna clase de representación funcional en vez de la representación democrática "inorgánica" en la vía del sufragio universal, pero con la importante adición del liberalismo económico en su fórmula más individualista: cada súbdito tiene la libertad de hacerse rico, si es lo suficientemente inteligente. Excepto en cuestiones de la más celosa vigilancia de la ortodoxia católica, el Estado debía ser débil. El poder debía hallarse convenientemente descentralizado para asegurar que quedara en manos de las burguesías locales.

Calvo Serer era un prodigioso sintetizador de ideas ultraconservadoras que había ido estudiando y anotando en el curso de sus viajes por el Continente y por Inglaterra. (Su aparato de relaciones públicas llegó al semanario barcelonés Destino, que en su número de 7 Enero 1950 publicó un artículo de Rafael Vázquez Zamora, enumerando la cantidad de viajes europeos de Calvo Serer y citando las grandes personalidades alemanas y británicas por él entrevistadas). El hogar intelectual-político preponderante en aquella síntesis era, con todo, visible para los observadores con suficiente cultura política e histórica: se trataba de la Austria católica y federal del canciller Dollfuss, autoritaria y semicorporativa, con una multiplicidad de cámaras, y una mística anticomunista. Dicho de otro modo: se trataba del ersatz católico-burgués de la antigua monarquía de los Habsburgo, sin los Habsburgo.

En aquella circunstancia en la que tanta gente se posicionaba, en Madrid y en Barcelona, y en otras partes de la Península y del extranjero, para recoger fragmentos de la herencia del General Franco, un rasgo común se hallaba presente en la casi totalidad de los presuntos herederos: excepto unos pocos republicanos en el exilio en México, todos se percataban adecuadamente de que la salida del Régimen era una restauración monárquica. Lo que no estaba claro era qué clase de monarquía y con qué persona ocupando el trono. Aunque en la entrevista a bordo del yate Azor entre Don Juan de Borbón y Franco (25 Agosto 1948) se había decidido la educación en España del entonces Príncipe Juan-Carlos, en los meses siguientes a aquella entrevista hubo manifestaciones abiertamente antidinásticas tanto por

parte del General Franco como por R. Fernández Cuesta, este último sacado del ostracismo y re-activado como Ministro Secretario General a finales del año 1948. También el Ministro de Asuntos Exteriores, A. Martín Artajo, había hecho declaraciones (en Buenos Aires) negando formalmente que hubiese decisión alguna sobre la rama dinástica a elegir en su día. En otras palabras, Franco estaba por entonces tratando de aplicar a los pretendientes la misma táctica que en los asuntos políticos internos: "mantener a todos... débiles y en conflicto unos con otros" (Harry W. Richardson, 1976, pag. 31)†. Las incertidumbres se complicaron cuando la prensa internacional habló de un pacto entre políticos monárquicos (Gil Robles) y socialistas del PSOE en el exilio (Indalecio Prieto). Para que quedase clara su competencia factual como kingmaker, Franco abundaba en aquellos tiempos en la concesión de títulos de nobleza: a título póstumo hizo duques a José-Antonio Primo de Rivera (con gran indignación de los jóvenes falangistas de izquierda) y a Calvo Sotelo, y marqués al General Moscardó. Estando simultáneamente el reino en venta en la arena militar europea, todo el espectáculo tenía un vergonzoso sabor décimonónico de territorio balcánico esperando rey, con corte de opereta. Quienes teníamos que ir a los servicios culturales de alguna gran Potencia (o ex-gran Potencia) a mendigar fundamentales, insubstituíbles, y urgentes, libros extranjeros, difícilmente podíamos soportar las sonrisas irónicas en alguna conversación.

Pero, claro es, había quienes estaban personalmente metidos en el juego de intrigas y combinaciones, y para esta gente todo aquéllo era muy serio. Mientras la gran masa de los varones españoles se apasionaba por el fútbol, unas pocas docenas de ambiciosos especulaban sobre quién haría, a tres cuartos de siglo de distancia, el papel de Duque de la Torre, quién el de General Pavía, y quién el de Cánovas del Castillo. (Analogías puramente gratuitas).

De aquí procede la focalización sobre Cánovas, más sincera y objetiva en unos, más instrumental o cínica en otros, por la cual quienes no tenían (o no teníamos) otros recursos que los puramente intelectuales, aportábamos una dimensión doctrinal e ideológica al complejo proceso. En Barcelona el semanario Destino y la revista Leonar-

†. H. W. Richardson, Política y planificación en el desarrollo regional en España, Madrid, 1976, Alianza Universidad.

-do : las Ideas y las Formas, convocaron conjuntamente un concurso sobre Cánovas. Los premios se los llevaron Melchor Fernández Almagro y Joan Estelrich, y a mí se me dió un accésit de consolación, quizá porque se me estimaba una jovencísima promesa política para el país. Tres años después Calvo Serer se presentó en la plaza pública con su Teoría de la Restauración y su fabricación de un Cánovas antidemocrático y archicatólico. Y veinte años más tarde le correspondió a Fraga Iribarne asumir a su vez el papel de especialista en interpretaciones de Cánovas. Hay cosas que se repiten históricamente, como los viajes de Hayek a Barcelona coincidentes con la muerte política presunta de Franco, o con su muerte física y real, porque hay personajes clave que se repiten en circunstancias análogas. Solamente la experiencia histórica permite ver la unidad entre hechos distanciados por dos o tres decenios, o más.

Más adelante hablaré de un cierto sentimiento de asco por la política politiquera (i.e., lo que los franceses llaman politique politicienne) que nos quedó a muchos de aquella época, y de la manifestación que este sentimiento tuvo en Lave y que fué uno de los motivos conducentes al asesinato oficial de la revista. Conviene ahora describir por qué Barcelona asumió, en medio de aquel proceso, un papel involuntariamente importante en la política española.

La encrucijada de caminos está bastante bien descrita en el ensayo de Calvo Serer publicado en Septiembre de 1953 (pero, verosímilmente, escrito bastante antes) en la revista francesa Écrits de Paris. Estaba pendiente la institucionalización política (sic) que Franco había ya previsto en un discurso en Barcelona diez años atrás, y el Régimen se había quedado inmóvil en medio de un pantano de ambigüedades. Desde el punto de vista de Calvo Serer, había el peligro inminente de que los republicanos (más o menos conscientemente envenenados de socialismo) de la izquierda ex-falangista, ocupasen el vacío ideológico y cultural que se estaba produciendo. Partiendo de la hipótesis de que en España todo gran movimiento político es precedido por un gran mo-

‡. Formaban el jurado: Ignacio Agustí Peypoch, Tristán La Rosa i Ballovera, Juan Bautista Solervicens, Juan Ramón Masoliver, y Antonio María Muntañola Tey. Mi trabajo se publicó, con cortes, en Destino, 31 Enero 1948.

-vimiento doctrinal, Calvo Serer y su grupo se proponían llenar ese vacío con su Tercera Fuerza Nacional (sic): restauración de la monarquía tradicionalista pero sin los carlistas, revitalización de las ideas del Alzamiento militar de 1936 pero sin los falangistas, populismo católico pero sin los demócrata-cristianos, regionalismos y particularismos políticos pero mantenidos bien atados por la unidad católica, y en fin, lo que era la cuestión realmente trascendente en términos sociales y económicos, restablecimiento de la economía libre de mercado. Así el pastel era portador a la vez de un aspecto retro (la alianza del Trono y el Altar, las invocaciones apasionadamente castrenses tanto en la forma como en el contenido: cf. lo que es el primer núm. de Ateneo, con páginas obviamente dedicadas a los militares y sus familias), y un aspecto anticipatorio: la liquidación de la corrupción del sindicalismo oficial y el restablecimiento del pleno poder, no solamente económico sino también político, de las burguesías locales o regionales.

Había demasiados intereses fraccionales opuestos a que aquel extraño híbrido, manipulado por una secta, cuajase su conquista del Estado. En Barcelona se vió bien claro que una cierta libertad política no era compatible con una feroz inquisición religiosa. Todo el proceso europeo de lenta gestación de las formas políticas, primero liberales, y después democráticas, estaba precedido por la conquista de la libertad religiosa y de la libertad de pensamiento, fundamentos de la libertad política. Esta última no era posible sin la otra. Se produjo de este modo la, por nadie prevista, alianza convencional de un sector de la burguesía ilustrada barcelonesa con recursos económicos propios, y de los intelectuales madrileños ex-falangistas que estaban reivindicando constantemente a los grandes pensadores liberales, Ortega el primero entre ellos. El semanario Revista fué la expresión mayor (pero no la única) de esa alianza circunstancial. Laye fué asimismo un pequeño peón en aquella lucha.

Calvo Serer y su gente no se equivocaban en su obsesión anti-orteguiana. Ortega y Gasset se estaba convirtiendo en el término de atribución común de toda una juventud universitaria que quería un país más serio, más europeo, más libre, y en cierta manera más burgués, pero sin la libérrima libertad económica burguesa que aniquilaba la

cohesión y la solidaridad sociales, ya que para ella en la sociedad no hay más que individuos en busca de la realización de sus intereses privados (i.e., el nihilismo liberizante, o nihilismo liberal, según palabras de Vicens Vives en el artículo en Destino que antes cité, o en términos más modernos, una especie de anarquismo de derechas, según acabo de oír a Mme Simone Veil en una emisora francesa).

Obviamente, acontecía con Ortega algo similar a lo que pasaba, y pasaría más tarde, con Cánovas: cada uno tomaba del precedente lo que le importaba desde su particular, actual, plataforma ideológica y política. Aunque el sindicalismo del Régimen debía abandonarse en el basurero de la historia, nadie creía que desapareciesen con él las organizaciones políticas de la clase trabajadora. Por tanto, este aspecto no era ni urgente ni central. Por el contrario, hacer de este país un país serio, asumir de nuevo aquella idea que no era únicamente una de tantas frases de Ortega: Europa es la ciencia y España es la inconciencia, y recuperar todos los grandes frustrados por la incivilidad o el pesimismo, fuesen Costa, Unamuno, Cajal, Maragall, Río Hortega, Pi i Sunyer, etc., eran cosas verdaderamente urgentes frente al intento totalitario de dejar reducida la cultura española a dos solos nombres, Donoso Cortés y Menéndez Pelayo. (Ambos a su vez convenientemente manipulados y quirúrgicamente amputados. Hay que leer al Donoso Cortés liberal, imitador de los eclécticos franceses, anterior a su taumatúrgica, espectacular conversión al integrismo católico).

Ya en 1947 Qvadrante había armado un pequeño escándalo protestando porque el gobierno español enviase a un congreso de intelectuales europeos que debía tener lugar en Roma, a un padre jesuita, en vez de a Ortega y Gasset. El artículo-editorial de Qvadrante (sin firma, escrito por Juan Carlos García Borrón) decía :

"En Roma se ha celebrado una reunión de pensadores. Se pretendía lograr una toma de contacto fecunda por sincera, entre representaciones auténticas del pensamiento de cada país. El nuestro estuvo "representado". Y no acertamos a comprender por qué no formó parte de nuestra representación el único hombre que, muerto Unamuno, encarna los principios de una escuela filosófica española: José Ortega y Gasset. Carecemos de la información necesaria para achacar tan absurda conducta a quienes enviaron la representación o a quien, debiendo, no se encontró en ella. Pero mal podemos creer que haya sido Ortega quien negara su asistencia, cuando el ilustre pensador, cada vez más desorientado en las pequeñas interioridades de la nación, permite que los rodillos de las impresoras presionen al mismo tiempo su nombre y el de pequeños contrabandistas de la vida pública".

"Como carta abierta a Ortega había sido concebido este Editorial. Y si no le hemos dado definitivamente tal forma no ha sido por creernos sin derecho a ello."

"Llegó Ortega a Madrid y nos ofreció un diálogo. En el fondo, nos hubiéramos contentado con un monólogo, siempre que fuera un monólogo serio y sentido, profundo, decisivo. Pero lo que no se puede soportar por más tiempo es que (...) la primera cátedra universitaria española siga cubierta a precario y que la triste leyenda de que los españoles necesitan triunfar fuera de España siga teniendo demostraciones rotundas, al cabo de más de un siglo de exilados y exiliantes".

"Empieza a ser hora de que superemos este carácter superpolítico de nuestro pueblo. Si es necesario, reduzcamos la política a los límites de una actividad técnica...." (...) (...) "La nación está contemplando tranquilamente cómo gente sin demasiada vergüenza mina o conquista sus instituciones culturales. (...) (...) Por éso enderezamos a Ortega este llamamiento tan abiertamente, sin miedo (...) porque vemos en él la única auténtica concreción actual del pensamiento español".

(Quadrante: los universitarios hablan, num. 3, Barcelona y Sabadell, Marzo 1947).

(N.B. : la frase "llegó Ortega a Madrid", se refiere al primer retorno de Ortega del exilio, en 1946. Ortega encontró que Madrid estaba aislado del mundo, tibetizado (sic), y se volvió a marchar. Volvería dos años más tarde para fundar el Instituto de Humanidades).

Conviene aquí intercalar una aclaración: aquella adhesión a Ortega no implicaba necesariamente un fideísmo escolástico, una aceptación acrítica e incondicional de sus postulados filosóficos. Este aspecto queda bien claro en el número 4 de Qvadrante. Acababa de publicarse la primera edición de una obra que ha sido manejada luego por decenas de miles de estudiantes, en España y en otros países, la Introducción a la filosofía, de Julián Marías (Revista de Occidente, Madrid, 1947). La posición de Marías respecto a Ortega era la de fiel discípulo, la de continuador escolástico. La posición del grupo de Qvadrante queda transparente en la sola frase con que Manuel Sacristán concluía su comentario al libro de J. Marías:

"Ortega alcanza plena importancia como punto de partida para la filosofía actual. Bajo ningún aspecto pueden considerarse sus concepciones — ni ninguna otra — como un punto de arribo".

(Qvadrante: los universitarios hablan, num. 4, Barcelona y Sabadell, Mayo 1947, pag. 19).

Entendido, o sobreentendido con otras palabras: se recurría políticamente a Ortega más que filosóficamente.

Para el bando adversario estos distingos carecían de honestidad. Las apelaciones barcelonesas, fuesen a Cánovas del Castillo, fuesen a Ortega, tenían un denominador común: el berenguerismo. Estábamos preparando la salida de la dictadura franquista y había que buscar una especie de Berenguer (analogía histórica burda con el efímero sucesor de la dictadura de Primo de Rivera). Laye y Revista tuvieron un enemigo permanente en el diario barcelonés El Correo Catalán (y episódicamente en la prensa del Movimiento, Solidaridad Nacional y otros diarios). Ya en los primeros días de Febrero de 1948 el director de El Correo Catalán había publicado un larguísimo editorial contra mi interpretación del pensamiento político de Cánovas. Posteriormente Laye pasó a ser objeto de la censura integrista y franquista que caracterizaba a aquel diario. Luego fueron los artículos de Revista, en particular desde que algunos de ellos alcanzaron (como los de Laye) una difusión de ámbito estatal por la vía de su reproducción en semanarios o revistas de Madrid.

El 10 Mayo 1953 el director de El Correo Catalán, Clau-

-dio Colomer, empleaba la artillería gruesa con un artículo titulado Dogmatismo y Berenguerismo. En ese texto se leen opiniones como las siguientes:

"... importa definir como berenguerismo esta preocupación excesiva de algunos grupos por Ortega, o bien de otros, por un Cánovas del Castillo que no es el que fué".

"El año 1930 es para el aficionado a cuestiones políticas un año aleccionador. En 23 de Marzo tiene lugar en el Hotel Ritz de nuestra ciudad /i.e., Barcelona/ el gran banquete de los intelectuales llegados de Madrid. Brindaron Serra Hunter, Giménez Caballero, Sainz Rodriguez, Marañón, De los Ríos, Ossorio, José Ortega y Gasset, Menéndez Pidal, y el Dr Pi y Suñer. "Cataluña, dijo éste, recaba el derecho a su propia determinación". El día 13 de Abril, Alcalá Zamora, en Valencia, preconizaba una república "viable, gubernamental, conservadora, y con el cardenal de Toledo a la cabeza". En 17 de Agosto se celebró la reunión del Centro Republicano de San Sebastián, con /Marcelino/ Domingo, Lerroux, Alcalá Zamora, Carrasco Formiguera, Albornoz, Prieto, Eduardo Ortega y Gasset, Mallol, Casares Quiroga, Sasiain, Galarza, Sánchez Román, Maura, y Aguadé. En Febrero del año siguiente, Gregorio Marañón, José Ortega y Gasset, y Ramón Pérez de Ayala lanzan su manifiesto "al servicio de la República". Resulta sorprendente comprobar cómo los elementos derechistas colaboraron con el extremismo sindical y anarquista para derrocar a aquella monarquía, al amparo de la "comprensión" berenguerina. Frente a Berenguer se levantaba lo que Karl Mannheim denomina un "programa irisado".."
Etc.

La respuesta de Revista motivó la destitución gubernativa del director del semanario barcelonés y fué el indicador de que habíamos entrado en un combate político que debía concluir con la aniquilación del bando más débil (ésto es, nosotros). Quedábamos denunciados como conspiradores políticos. En su artículo-ensayo de Septiembre de 1933 en la revista francesa Écrits de Paris, manifiesto programático de la Tercera Fuerza Nacional, Calvo Serer mezcla la filosofía de la historia con la delación personal. Ridruejo, Lain, Tovar, Conde, cuando tienen conversaciones en privado...."inspirados por una imaginación desvergonzada se entregan a la crítica acerba y aún a la difamación del Caudillo, mientras que públicamente no cesan de adularlo". En el mismo ensayo (cuyos destinatarios no explícitos pero sí, claramente, implícitos, son el propio General Franco y algunos generales de la cúpula militar simpatizante con el Opus Dei) Calvo Serer recuerda a sus lectores que Lain Entralgo había colaborado, antes de la Guerra Civil, con el ala izquierda de los demócrata -

cristianos, que Tovar había figurado entre los universitarios de izquierda, y que Javier Conde había sido "el número uno de los intelectuales que se habían puesto al servicio de la república socialista, antiguo colaborador del Profesor Pedroso, diputado socialista y traductor de Karl Marx"(sic). ‡ .

Obviamente, en Laye no nos considerábamos parte componente del grupo Ridruejo, Lain, Tovar, Conde. Los tres primeros tenían en Barcelona su órgano propio con el semanario Revista. El último tenía todavía, en Madrid, la Revista de Estudios Políticos, en la cual ningún miembro de Laye (que yo sepa) llegó a colaborar. (Conviene aquí otro inciso. Ha habido gente que en 1987 y 1988, excluyentes contemporáneos, se han sorprendido del uso que hago de citas de la Revista de Estudios Políticos de aquella época en mi último libro Crisis y Anticrisis de la sociología (versiones en catalán y en español, respectivamente Fundació Jaume Bofill + La Magrana, y Temas Universitarios Barcanova). Ciertamente en los números de la R.E.P. de finales del decenio de 1940 y principios del decenio de 1950 hay una cantidad, inevitable, de retórica pro-Régimen. Pero hay también colaboraciones de altísima calidad de hombres de una gran honestidad intelectual que encontraron en Conde una hospitalidad casi imposible de hallar en la capital del franquismo en aquellos tiempos: véanse los trabajos de Enrique Gómez Arboleya (prematuramente desaparecido: se suicidó en Madrid el 27 de Diciembre de 1959), de Nicolás Ramiro Rico, de Enrique Tierno Galván. Además había en la revista colaboraciones científicas extranjeras de figuras de talla indiscutible, en buena parte alemanes. Cuando Fraga Iribarne se hizo cargo de la R.E.P. empezó un periodo de más atracción periodística pero de muy inferior calidad académica. A los artículos fundamentales de ciencia política, con los temas políticos fundamentales -- la libertad, los clásicos griegos, los límites del poder, etc-- les sucedió un alud de pseudo-ciencia política anglosajona, autores norteamericanos a todo trapo, y la teoría de la modernización, es decir, la americanización generalizada).

Digo, pues, que en Laye no teníamos relación orgánica alguna con el grupo ex-falangista madrileño. Pero sí Laye albergó cosas que ellos ya no iban a publicar en otra parte, por ejemplo

‡ Calvo Serer se refiere a la primera traducción española completa de El Capital, por Manuel Pedroso, catedrático de la universidad de Sevilla, publicada por Aguilar, Madrid, 1931. Este libro fué cuidadosamente exterminado durante y a continuación de la Guerra Civil, y hoy es una rareza bibliográfica.

conferencias o discursos de Dionisio Ridruejo y de Gaspar Gómez de la Serna, ambos de singular significación, por su contenido y por el momento histórico, para intelectuales catalanes.

En 1953 la batalla de ideas entre los integristas (conocidos públicamente como los excluyentes), y los reivindicadores de la totalidad de la herencia cultural española, o más precisamente re-actualizadores de Ortega (conocidos como los comprensivos) degeneró rápidamente en una sucia lucha entre unas pocas individualidades y unas cuantas revistas. Laye se hizo enemigos por todas partes. El catedrático A. Muñoz Alonso envió una carta durísima a raíz de una crítica más bien sarcástica que yo había hecho de su libro Andamios para las ideas (Laye, num. 20, pags. 68 a 72). Para juzgar hasta qué punto estábamos agotando el margen de libertad que se nos había concedido, transcribo algún párrafo de mi texto:

"En España no hay una crítica profesional responsable (...) El crítico carece de independencia personal, la propiedad del periódico o la revista siente miedo a perder suscriptores, hay intereses de grupo o camarilla, o en último término, pero no lo menos doloroso, ejerce la función de crítico quien no siente la menor responsabilidad social. Hace ya tiempo Ortega denunció un vicio de la sociedad española consistente en una auténtica fobia contra todo hombre egregio que se distinguiese de la común mediocridad. De aquella pasión contra los mejores, que llevaba a los españoles a negar los valores de los coetáneos más sobresalientes, hemos pasado ahora a una situación de autobombo continuo, de forma que aparecemos como un país rico en genios".

(...) "Uno sabe que este o aquél catedrático ha escrito una memez y, sin embargo, uno no puede decirlo. (...) La vida intelectual española se ha hecho inauténtica en los últimos años y se ha enrarecido. Las palabras han sido violentadas continuamente para encubrir la mentira. (...) (...) "España está constituida fundamentalmente por los españoles (...) no es una cosa que ande por ahí en los altares, sino una realidad existencial hecha de nuestra propia vida. Si nuestra vida es roma, sin horizontes, si vivimos de tal modo confundidos por la impresionante coacción de nuestra circunstancia (...) España no será mejor que la pobre realidad existencial de cada uno. (...) Conseguir que el mayor número

posible de españoles se hagan cada día más capaces, más rigurosos, más responsables de su destino, es ciertamente algo difícil. Requiere nada menos que esto: que cada día un español pueda liberarse alegremente de las garras de un destino no deseado. Resulta que en este país donde tan pocos hombres -- unos por razones económicas, los más por causas sociales, y casi todos por falta de auténtica educación del pensamiento-- donde tan pocos hombres, digo, se han hecho verdaderamente libres, el señor Adolfo Muñoz Alonso y los que como él piensan, vienen a pedir que hagamos rendición de nuestra libertad. Para ello han inventado una inefable excusa que justifica todas las perezas y mantendrá por los siglos nuestros defectos: la cien mil veces maldita excusa de nuestras relaciones bienaventuradas con la Providencia".

"El hombre español actual, este pobre hombre sin educar, zarandeado por mil adversidades, objeto de la predilección de la Providencia! (...) La radio sigue vomitando jarana de guitarras y tonalidades hermafroditas. ¡No me haga usted reír! "

La indignación estaba justificada porque el libro de Adolfo Muñoz Alonso era presentado en la solapa con la siguiente exégesis: "Este libro hará época en la filosofía española como modelo de exposición diáfana, de rigor conceptual, de belleza de expresión". El Profesor Muñoz Alonso había conseguido que su nombre fuese inscrito en las listas de personalidades civiles que una vez al año eran recibidas en audiencia individual por el General Franco, sea en el palacio de El Pardo, sea en el palacio de Ayete (San Sebastián). Por tanto, desde el punto de vista de la censura, era un intocable. En lo que concierne a su talla intelectual, era un mediocre adaptador ad usum hispanii del filósofo italiano decimonónico Rosmini, lo cual le daba cierta originalidad dentro de la estricta ortodoxia católica. Tanto él como Calvo Serer deben ser definidos según un término de la jerga acadé-

Nota de...

ADICIÓN NOTA PIE DE PAG 74

(+) - Con esta violenta nota crítica al libro de Muñoz Alonso Andamios para las ideas, aconteció algo sumamente inusual en la historia de la creación literaria. Se trata de que el poeta Jaime Gil de Biedma, tomando como motivación mis sarcasmos sobre Andamios..., escribió un poema titulado El Arquitrabe, con el subtítulo, en cursiva, 'andamios para las ideas', poema de transparente intención política. Cf. Jaime Gil de Biedma, Compañeros de viaje, antología de poemas del periodo 1952 a 1958, Joaquim Horta, Editor, Barcelona, 1959, pags. 45 - 46. El arquitrabe ha sido recogido después en varias antologías de poesía española del periodo, y para los lectores más modernos se ha perdido la referencia básica inicial.

mica francesa que carece de traducción exacta en español: des audacieux. Eran ejemplificaciones del proceso que Ridruejo caracterizó bien en una famosa conferencia en el Ateneo de Barcelona en Abril de 1955: Sobre el envilecimiento de la vida civil española. (Y no estoy librando, ahora, aquella guerra con treinta años de retraso. En mis anotaciones-diario consta que en las primeras semanas de Febrero de 1956, cuando Ridruejo, Sánchez Mazas, Enrique Múgica, Vicente Girbau, Ramón Tamames, etc., iban a la cárcel en Madrid a raíz de los sucesos en la calle Alberto Aguilera, el Profesor Calvo Serer se presentó en Barcelona, convencido de que iba a ser el futuro jefe de gobierno, y empezó a ofrecer carteras a algunas personalidades catalanas, entre ellas la de Economía al que había sido primer alcalde de la Barcelona de post-guerra, M. Mateu y Pla).

Ahora bien, consideradas las cosas con el suficiente distanciamiento, uno percibe hoy no solamente el error sino también la futilidad de tantas batallas libradas en Laye con pura retórica de provocación. Habíamos asumido a la letra (no solamente en mi caso, sino también por A.García-Seguí, y a veces por el propio Manuel Sacristán según revela el análisis de textos) aquella exhortación de Don Miguel de Unamuno en la Vida de Don Quijote y Sancho que dice

"¿Qué vamos a hacer en el camino mientras marchamos? ¡Luchar! ¿Cómo? ¿Tropezáis con uno que miente?: gritadle a la cara ¡mentira!, y ¡adelante! ¿Tropezáis con uno que roba?: gritadle ¡ladrón!, y ¡adelante! ¿Tropezáis con uno que dice tonterías, a quien oye toda una muchedumbre con la boca abierta?: gritadles ¡estúpidos!, y ¡adelante, adelante siempre! "

El espectáculo del quijote individual más bien divierte a los españoles y, desde luego, no es a través de ese tipo de acción como puedan exterminarse los malos libros de filosofía o puedan ser obligados a abandonar la arena pública los políticos charlatanes y carreristas. Las conciencias cívicas se forman por una acción de decenios, probablemente siglos, constituyen exigencias morales que se transmiten ya en la familia (y no únicamente en la universidad) y requieren, además, la conexión, invisible pero real, de una cantidad de conciencias personales.

2. 3. - El número de Laye en homenaje a Ortega. La muerte de Laye.

Jesús Núñez (quien había colaborado abundantemente en Qvadrante) se fué a Madrid a cursar en la Escuela diplomática, y desde allí envió a Laye noticias sobre lo que era la campaña integrista contra Ortega. Su crónica en el num. 23 describe vivamente la transformación de todo el asunto en una guerra de religión. La actuación del grupo Lain, Aranguren, etc., era calificada como:

"...el esfuerzo encaminado a descristianizar España más inteligente, más sistemático y brillante que se ha visto en nuestra patria después de la Institución Libre de Enseñanza".

La confección de un número de Laye dedicado al filósofo y ex-político español no hubiera excedido los límites de lo tolerable por el Régimen si el contenido se hubiese ceñido a la exégesis académica. En el número de Abril - Junio 1953 hay algunos trabajos que van en ese sentido, en particular el que encabeza las colaboraciones después de un manuscrito de Ortega cuyo original había sido publicado en Reus en 1928. El ensayo de Juan Carlos García-Borrón que lleva el título Formalismo y autonomía de lo ético en la moral antigua, es un texto de sumo rigor académico, nada brillante pero lleno de sugerencias profundas para la posibilidad de una ética personal (de validez universal), no heterónoma, es decir, no impuesta desde fuera, por otros. El problema de la autonomía en la esfera ética, y de la validez universal, se inscribe en la problemática de una ética no religiosa y no sociológica (los dos extremos de la heteronomía, o dependencia de otros). Obviamente, que esta cuestión implica un distanciamiento de la autoridad de la Iglesia (o de cualquier iglesia) es algo que solamente los lectores suficientemente avisados y con un nivel de conocimiento histórico y filosófico, podían captar.

El hecho de que Laye dedicase cada vez mayor espacio a la literatura catalana (o a lo poco que por entonces podía publicarse en ese campo, la mayoría en forma de premios literarios: Joanot Martorell, Ossa Menor, Ayuntamiento de Barcelona, etc) tampoco influ-

-yó negativamente ante los censores a posteriori de la revista. El periodo entre 1952 y 1955 fué de una excepcional liberalidad, o tolerancia, oficiales, en cuestiones lingüísticas. Basta leer las descripciones de los encuentros de intelectuales y poetas catalanes con otros del resto de España, respectivamente en 1952 y 1953, en Segovia y en Salamanca, en Correo Literario (nums. 51, 1º Julio 1952, y 78, 15 Agosto 1953), o el número monográfico de Alcalá dedicado a Cataluña (Alcalá, num. 20, Madrid y Barcelona, 10 Noviembre 1952), este último con colaboraciones de Eugenio D'Ors, Albert Manent, Lorenzo Gomis, Néstor Luján, D. Ridruejo, y sobre todo con una gran representación del grupo Laye: J.M. Castellet, F. Farreras Valentí, Joan Ferrater, Jaime Ferrán, Ramón Carnicer, y con una antología de poemas, en su original catalán, de Carner, Riba, Espriu, Foix, Manent, etc). También en la edición en Barcelona de Correo Literario dirigida por Masoliver encontramos una atención especial a la literatura catalana, originales en lengua vernácula, e incluso alguno, manuscrito, de J.V. Foix. Hay que añadir que del 8 al 11 de Abril de 1953 el catedrático Dr. A. Badía i Margarit había podido al fin organizar en la universidad de Barcelona el VII Congreso Internacional de Lingüística Románica, bajo la presidencia de Walther von Wartburg y de Mons. Antoni Griera, congreso para el cual retornó del exilio el Prof. Joan Corominas, y al que asistieron J. Rubió i Balaguer, F. B. Moll, Sanchís Guarnier, Menéndez Pidal, A. Tovar, John Orr, etc. El tema del Congreso fué El dominio lingüístico catalán en relación con las lenguas ibero-románicas y galo-románicas. La situación empeoró substantivamente a partir de los sucesos de Madrid los primeros días de Febrero de 1956; para entonces, Laye ya había sido prohibida, y en 1956 desaparecieron Alcalá, Teoría, Correo Literario, y fueron transitoriamente suspendidas Indice e Insula. Hasta unos años más tarde, con ocasión de las reuniones en Zaragoza de los juristas catalanes y aragoneses para la compilación especial del Derecho civil catalán, no volvió a permitirse un tratamiento de los temas catalanes como el que había sido posible entre 1952 y 1955 inclusive.

El número de Laye dedicado a Ortega presentó tres cosas que preludiaron la muerte de la revista. Dos de ellas eran inadmisibles para el establishment del Régimen en alguna de sus componentes: la del falangismo oficial, la militar, y la religiosa. La tercera produjo un cierto malestar precisamente entre nuestros amigos de la "generación comprensiva" que pretendía borrar, cívicamente, la distinción entre ven-

-cedores y vencidos.

Un día a finales del año 1952 Gabriel Ferrater trajo a la redacción de Laye un librito que él y su hermano Joan habían usado cuando niños en Reus y que se conservaba todavía entre los libros viejos en su casa de aquella ciudad. Se trataba de un librito de lecturas escolares para el final de la enseñanza primaria o comienzos de la secundaria, titulado Nuestra raza y publicado en Reus en 1928 por una Editorial Hispano-Americana.

(Conviene puntualizar que en los años veinte el término raza no tenía la significación cuasi zoológica que luego pusieron de moda los nazis alemanes y sus imitadores por todo el mundo. Durante la dictadura de Primo de Rivera el término raza no designaba tampoco ninguna hipotética raza española. El llamado Día de la Raza había sido instaurado en 1917 por el Presidente de la República Argentina Hipólito Yrigoyen, del partido Radical, llegado al poder por vía electoral normal en 1916, y así abriendo por primera vez en la historia argentina la posibilidad de un gobierno popular no conservador ni sujeto a la oligarquía terrateniente. Yrigoyen tenía ascendencia vasca y en parte "sangre" (como se decía entonces) indígena; sus rasgos son convenientemente mestizos. La raza de Yrigoyen no era la "raza" sola procedente de España, sino la resultante del mestizaje entre originarios de la Península Ibérica y los descendientes de los antiguos pobladores de América. Fué durante los primeros años de la dictadura del General Franco cuando el Día de la Raza, el 12 de Octubre, luego llamado Día de la Hispanidad, recibió una significación imperialista y a veces mesiánica, que en modo alguno habían estado presentes en el ánimo del Presidente Yrigoyen en Buenos Aires en 1917).

El librito desempolvado por los hermanos Gabriel y Joan Ferrater contenía un manuscrito de Ortega (i.e., una reproducción de la escritura de Ortega con la firma de Ortega) dedicado a los niños españoles. En las páginas anteriores describí someramente, pero en términos suficientes, según creo, el sucio clima político que se vivía en este país en 1952 y 1953, cuando tantos ambiciosos de tantas tendencias negociaban la que creían inminente sucesión del Régimen franquista. Dentro del propio "Movimiento" había, además, luchas de clanes, hablándose de constantes intrigas entre los seguidores de Arrese y los de

Fernández Cuesta, etc. El texto de Ortega le pareció a Manuel Sacristán, y pareció asimismo a la mayoría de la redacción, un hallazgo digno de ser reproducido con ocasión del 70 cumpleaños de Ortega, pero además fué un texto juzgado excepcionalmente útil frente a un ambiente de continua intriga política. Nadie se opuso a la reproducción del manuscrito de Ortega con los clichés necesarios para su correcta lectura, ni a que ese texto fuese el que encabezase el número de Laye (que, lo que no sabíamos entonces, iba a ser el penúltimo).

Hay que consignar que en 1953 se había acentuado en el seno de la redacción la polaridad entre, por una parte, la vocación más política y pedagógica de Manuel Sacristán, de F. Farreras Valentí, y de Pedro Gómez de Santamaría, y por otra parte la vocación cultural más estrictamente catalana representada por los hermanos Ferrater. Laye se había convertido en una revista de ámbito nacional, pues se enviaba gratuitamente a los más importantes colegios de doctores y licenciados en otras capitales españolas. Empezaban a recibirse colaboraciones espontáneas de firmas ya establecidas, las cuales, de haber sido aceptadas, hubiesen transformado la naturaleza de la revista. Había, pues, dos opciones: o profundizar la dimensión estatal como un órgano político de oposición, o mantenerse dentro de los límites de una revista cultural catalana, y más propiamente barcelonesa, con una cantidad de páginas sobre arte y literatura locales.

Hecha esta aclaración, procede ahora transcribir el texto manuscrito de Ortega dirigido a los niños españoles. ‡ .

"El porvenir de España depende enteramente de vosotros los niños españoles. Y dentro de vosotros, niños españoles, depende enteramente de que aprendáis o no aprendáis una cosa. ¿Sabeis cual? Esto que habeis de aprender y cultivar en vosotros exquisitamente, niños españoles, es lo que en mayor grado faltaba a nuestros padres y nuestros abuelos. ¿Sabeis qué es? Ah! una cosa que parece muy sencilla. Ésta: distinguir entre personas."

"No ignoráis que con el ejercicio y el adiestramiento consigue el hombre perfeccionar incalculablemente su capacidad de distinguir. El pintor llega a notar la diferencia entre colores que a

‡ N.B. Se han respetado la prosodia y ortografía del manuscrito.

los demás parecen iguales. El músico distingue las más leves divergencias entre los sonidos. Para el que es catador de vinos, como lo fué el padre de Sancho Panza, no hay dos vinos iguales. La palabra "sabio" significó en un principio el que distingue de sabores."

"Pues bien, la vida de una sociedad y más aun, la de un pueblo depende de que sus individuos sepan bien distinguir entre los hombres y no confundan jamás al tonto con el inteligente, al bueno con el malo."

"Mirad: a la hora en que escribo esto para vosotros hay en España, desgraciadamente, muy pocos hombres inteligentes y de corazón delicado. Solo esos hombres puros, espirituales, profundos y nobles podrían mejorar a la patria. Pero no logran que se les atienda."

"Porque los españoles que ahora forman nuestra sociedad no saben distinguir entre hombres y, acaso de buena fé, creen que son inteligentes los que son más necios, que son buenos los que son más farsantes. Ya sabéis que hay enfermos de la visión los cuales ven grises los objetos azules. Una cosa parecida nos acontece hoy a los españoles: padecemos una perversión del juicio sobre personas. Se juzga inteligentes a esos vanos charlatanes que llaman "políticos". Se cree que es buen poeta, buen novelista, buen profesor el que más lugares comunes dice, el que mejor halaga al público repitiéndole las tonterías que este pensaba veinte años hace."

"Y, en tanto, los mejores, los que verdaderamente valen son poco conocidos, nadie les hace caso o, tal vez, se les combate en todas formas."

"¿Veis cuan importante sería que vosotros llegaseis a la madurez con una exquisita sensibilidad para distinguir entre el valer verdadero y el falso?"

"A este fin, yo os recomendaría, entre otras, cuatro reglas o criterios:

" 1ª. No hagais nunca caso de lo que la gente opina. La gente es toda esa muchedumbre que os rodea — en vuestra casa, en la escuela, en la universidad, en la tertulia de amigos, en el parlamento, en el círculo, en los periódicos. Fijáos y advertireis que esa gente no sabe nunca por qué dice lo que dice, no prueba sus opiniones, juzga por pasión, no por razón."

" 2ª. Consecuencia de la anterior. No os dejéis jamás contagiar por la opinión ajena. Procurad con-

.../...

-venceros, huid de contagiarnos. El alma que siente, piensa y quiere por contagio es un alma vil, sin vigor propio."

- 3ª. Decir de un hombre que tiene verdadero valer moral o intelectual es una misma cosa con decir que en su modo de sentir y de pensar se ha elevado sobre el sentir y el pensar vulgares. Por esto es más difícil de comprender y, además, lo que dice y hace choca con lo habitual. De antemano, pues, sabemos que lo más valioso tendrá que parecernos, al primer pronto, extraño, difícil, insólito y hasta enojoso".

- 4ª. En toda lucha de ideas o de sentimientos, cuando veáis que de una parte combaten muchos y de otra pocos, sospechad que la razón está en estos últimos."

"Noblemente prestad vuestro auxilio a los que son menos contra los que son más."

José Ortega y Gasset.

Estaba ya componiéndose el número de Laye cuando empezó a verse que este texto de Ortega era un error asumirlo tal cual. La andanada contra los políticos charlatanes (y por extensión contra los ambiciosos e intrigantes) podía tener, quizá, cierta oportunidad, pero al mismo tiempo entraba plenamente en uno de los grandes temas ideológicos del Régimen franquista y de la mentalidad castrense todavía muy viva: los políticos eran culpables del desastre que fué la Segunda República, umbral de la Guerra Civil. La denuncia de los políticos iba a ser leída con satisfacción por todos quienes opinasen que en un país, cuanto menos política profesional, mejor. El texto de Ortega derivaba luego a una indiscriminada defensa de la minoría contra la mayoría; ésto era portador no solamente de matices antidemocráticos, sino que estaba en línea con algunos slogans precisamente del bando adversario: a la minoría siempre. (Este slogan había sido, primero de todo, cronológicamente hablando, usado por grupos católicos muy conservadores durante la República; luego fué considerado un tema falangista, y finalmente era uno de los ideogramas característicos del Opus Dei). Es más: este texto de Ortega, indiscriminadamente elitis-

-ta, se hallaba en contradicción con cosas mucho más inteligentes que el propio Ortega había escrito en otros momentos sobre la necesaria, constante, interacción entre minoría y masa. A lo más que podía conducirnos el texto de Ortega era a una reproducción del criterio central del despotismo ilustrado: Todo para el pueblo, pero sin el pueblo.

J.M. Castellet, A. García Seguí, Manuel Sacristán, y yo mismo, nos hallábamos ya entonces en una búsqueda intelectual que concluiría, para unos, cerca del marxismo, y para otros, no muchos años después, en la integración en la clandestinidad en un partido que se definía (entonces) como marxista y leninista. La relación entre minoría y masa, entre quienes piensan, planean, deciden, y quienes ejecutan, no podía ser simplificada de aquella manera.

Dicho en otros términos: el texto de Ortega iba a ser leído, de hecho, como una especie de alegato más de la pequeña minoría heterodoxa, protestante, agnóstica, o lo que fuese, contra el rebaño religioso y clerical. Lo que, a aquellas alturas, no tenía ya demasiada originalidad.

Vistas las cosas a algo más de treinta años de distancia, yo me he preguntado si Ortega escribió aquel texto verdaderamente en España y en 1928. En este año Ortega se hallaba en Buenos Aires.

Hagamos un inciso para explorar las hipótesis.

En Madrid gobernaba el General Primo de Rivera y en Buenos Aires era presidente constitucional Marcelo T. de Alvear. En ambos países, España y Argentina, la coyuntura era de gran prosperidad económica y de industrialización. En España el sistema político no había podido absorber, asumir, reelaborar en términos políticos, y en definitiva institucionalizar, los conflictos de la lucha de clases en el mundo agrario y en el industrial. La dictadura de Primo de Rivera, instaurada por un golpe de Estado dado precisamente en Barcelona en Septiembre de 1923, había sido la respuesta-límite a una situación de violencia cotidiana, pre-revolucionaria. Barcelona había sido la capital europea de la violencia y del terrorismo. A aquella situación se unían los problemas derivados de lo que entonces se llamaba el regionalismo. El resultado fué la quiebra del

sistema de partidos, del sistema parlamentario, y la imposición de la dictadura. Por el contrario, en Argentina se pensaba que el sistema político había podido abrirse pacíficamente (en lo general, i.e., pese a algunos episodios sangrientos) a la participación de las masas, y se creía que con la extensión del sufragio a todos los inmigrantes, con la crítica a la oligarquía terrateniente, y con la apertura del país al capital industrial anglosajón, se garantizaba el desarrollo cuasi-democrático del Estado y de la ciudadanía. España aparecía como un país políticamente cansado. La obra de Cánovas había muerto de senilidad. El país buscaba a tientas soluciones constitucionales. Las provincias estaban económicamente estancadas, comparativamente a la modernización y el espíritu empresarial concentrados en Barcelona, las áreas costeras del País Vasco, y la periferia sur de Madrid-capital. Barcelona se afanaba en las obras de la Exposición Internacional, y grandes masas inmigrantes entraban súbitamente en el mundo urbano y en una cultura de un nivel cualitativo muy distante de sus orígenes rurales. La dictadura de Primo de Rivera implicaba el cierre del sistema político a la participación de las masas, en tanto que en Argentina el gobierno de la Unión Cívica Radical se visualizaba como una solución moderada y nacional precisamente a ese problema.

Ahora bien, tanto en España como en Argentina había quienes comprendían críticamente la precariedad de aquellas soluciones, la dictatorial moderada de Primo de Rivera, elitista y paternalista, y la democrática meramente formal, limitada al voto, de unos radicales que estaban ya comprometidos con las oligarquías tradicionales. Las luchas sindicales y agrarias, no podían apaciguarse por la vía del corporativismo ni por la del liberalismo.

Ortega vivió en Buenos Aires el vigoroso empuje populista de los otros radicales, las grandes masas urbanas seguidoras del ex-presidente Yrigoyen. El crepúsculo de la presidencia de Alvear presenció la incontenible marea humana que, por centenares de miles, poblaba las calles y se dejaba fascinar por la retórica vacía de Yrigoyen. (Por ésto no pocos analistas políticos, a distancia, hicieron luego del segundo Yrigoyen un precedente de Perón, analogía tanto más sugestiva cuando resultó que ambos fueron, en de-

-finitiva, derrocados por golpes militares). Lo importante a señalar es que aquellas masas exigían una participación en la prosperidad económica general (era el final de los felices veintes, pre-crisis) y que este objetivo lo veían como realizable solamente mediando la lucha contra la oligarquía política. Ahora bien, en lo esencial se trataba de una rebelión de las clases medias bajas contra todo cuanto estuviese por encima de ellas, pero nada tenía que ver con un proyecto socialista. Todo lo contrario: el movimiento populista yrigoyenista estaba revestido, en el contenido y en la forma, en los comportamientos y en el lenguaje, de una colosal incultura política.

Conviene que alguien recuerde ahora todo esto, para la completud de nuestra memoria histórica. En aquella época había una cantidad de rasgos comunes a Barcelona y a Buenos Aires; por doquier existían lazos económicos y culturales. Las grandes empresas de energía eléctrica y de transportes urbanos que en Barcelona estaban en manos de Cambó y de su grupo, eran matrices de las empresas rigurosamente homólogas en Buenos Aires y en alguna otra ciudad argentina. Los empresarios catalanes, los sindicalistas y anarquistas, los intelectuales, viajaban frecuentemente entre España y el Río de la Plata. Otro tanto hacían los intelectuales del resto de España: Ortega, Unamuno, Marañón, García Lorca. Ciertas dimensiones político-sociales eran comunes. Había un proceso de industrialización (el cual fué, en el caso de España, parcialmente destruido más tarde por la Guerra Civil, en particular el de la periferia de Madrid). No tiene nada de sorprendente que una editorial de Reus pidiese a Ortega un texto para los niños españoles. El texto de Ortega se inscribe claramente en la ideología de su autor que dió lugar a La Rebelión de las masas. En el caso de que fuese escrito en Buenos Aires, ese texto incorpora una reacción casi instintiva, culta, elitista, en parte asustada, en parte indignada, frente al fenómeno de proporciones sin mesura, que era el yrigoyenismo.

(He de añadir que los colaboradores de Cambó o de Primo de Rivera que, años más tarde, acompañaron a Cambó a su exilio en Buenos Aires, durante la Guerra Civil española, expresaban a veces esta opinión. El fenómeno de las masas porteñas en 1928 y 1929, no el fascismo italiano ni el bolchevismo ruso, fué el hecho

de impacto directo, testimonial, sobre Ortega, que condujo a la redacción de La Rebelión de las masas.)

La hipótesis alternativa a considerar es que Ortega escribiese el texto antes de ir a Buenos Aires, aunque la publicación en Reus fuese en 1928.

En España los años 1927 y 1928 fueron cruciales por lo que concierne al fracaso de un experimento político: la Asamblea Nacional fabricada por el régimen del General Primo de Rivera. Éste había comprendido la imposibilidad de prolongar una dictadura carente de alguna clase de sistema consultivo, representativo, o co-legislativo. El General estaba en contra del parlamentarismo y de los partidos políticos, e imaginó una Asamblea Nacional en parte corporativa (lo que debía ser de facto, si bien el lenguaje no era corporativo), y en parte nutrida por una ideal "selección de los mejores" en la sociedad civil. (Selección de los mejores con la cual el General Primo de Rivera pensaba implementar una de las ideas de Joaquín Costa, a quien había admirado y de cuya tradición se consideraba un continuador). El decreto de creación de la Asamblea Nacional lo firmó el rey Alfonso XIII en San Sebastián, el 12 de Septiembre de 1927. El texto va precedido por un larguísimo y profuso prólogo del dictador (#). Obviamente, se trataba de retornar, con ciertos límites, a la pluralidad política. Pero era un retorno inauténtico. A pesar de las promesas de libertad de debates, y a pesar de la amplitud de la Asamblea (375 parlamentarios, cuando la población de España apenas rebasaba los 23 millones de hab.), el órgano consultivo complementario del Poder ejecutivo no pudo arraigar en la opinión pública. No aseguraba en modo alguno la representación de lo que el dictador llamaba "la gran masa apolítica". Y en vez de la selección de los mejores, más bien abría de nuevo el camino a las redes de influencia de los viejos caciques provinciales (contra los que tanto había batallado Joaquín Costa). En el caso de que Ortega tuviese inmediatamente presente la experiencia española, su escrito contra los políticos profesionales va dirigido a prevenir contra los nuevos políticos

Tomo los datos de J.G. Ceballos Teresí, Historia económica, financiera, y política de España en el siglo XX, tomo sexto, Años 1926-1929, donde figura el texto completo del decreto junto con literatura política de la época. En el Diccionario de Historia de España, tomo primero, Madrid, 1952, Revista de Occidente, el artículo "Asamblea Nacional" está equivocado al situar ese episodio en el año 1926. Ya escrita esta nota, una estudiante me informa de que el sociólogo J.J. Linz acaba de publicar un libro sobre la Asamblea Nacional de 1927-28.

inauténticos que iban a poblar la Asamblea Nacional.

Hasta aquí el inciso con las hipótesis alternativas y de sentido opuesto: elitista y antidemocrática la primera circunstancia, anti-ficción política y manipulación de la mayoría silenciosa del país, la otra.

En todo caso, el manuscrito de Ortega carecía de mordiente revolucionario y significaba más bien un retroceso en actitudes que Laye ya había asumido en 1953. En consecuencia, cuando el número 23 ya se hallaba en imprenta, Manuel Sacristán, F. Farreras Valentí y Pedro Gómez de Santamaría (si mi memoria es correcta) decidieron suplementar el texto de 1928 con otro de Ortega, de 1914. Este segundo texto es claramente rebelde, cuasi revolucionario, y procedía de una famosa conferencia pronunciada por Ortega con ocasión del lanzamiento, a la opinión pública, de la llamada Liga de Educación Política Española. (En la que constaban un centenar de nombres importantes, entre ellos Fernando de los Ríos, Madariaga, Azaña, García Morente, Antonio Machado, Américo Castro, Francisco Bernís, el Maeztu entonces funcionalista y liberal, etc). Dado que el texto de Ortega ya no se podía reproducir en substitución del anterior, lo que se hizo (creo que sin conocimiento del director de Laye, el catedrático de biología Eugenio Fuentes Martín) fué imprimirlo en una cartulina, en cuyo anverso iba un dibujo de J.M. Martín representando a Ortega. La cartulina se intercaló en el volumen, y así llegó a toda España. El texto de Ortega de 1914 decía:

"Tardará más o menos en venir, pero el más humilde de vosotros tiene derecho a levantarse delante de esos hombres que quieren perpetuar la Restauración y que asumen su responsabilidad, y decirles: "No me habéis dado maestros, ni libros, ni ideales, ni holgura económica, ni amplitud saludable humana; soy vuestro acreedor; yo os exijo que me deis cuenta de todo lo que en mí hubiera sido posible de seriedad, de nobleza, de unidad nacional, de vida armoniosa, y no se ha realizado, quedando sepulto en mí antes de nacer; que ha fracasado porque no me disteis lo que tiene derecho a recibir todo ser que nace en latitudes europeas."

"Y aun habíamos de avergonzarnos de ser nosotros quienes viniéramos con estas exigencias; al fin y cabo hemos nacido en las capas superiores de la sociedad española; pero ¿qué no tendría derecho a

decir el obrero en la vida cruda de su ciudad y el labriego en su campiña desértica y áspera?".

"Todo español lleva dentro, como un hombre muerto, un hombre que pudo nacer y no nació, y claro está, que vendrá un día, no nos importa cuál, en que esos hombres muertos escogerán una hora para levantarse e ir a pedirnos cuenta sañudamente de ese vuestro innumerable asesinato."

José Ortega y Gasset (1914).

En 1953, cuando en los ministerios, y en los cafés, y en las tertulias de las redacciones de prensa, se hablaba cada semana de la inminencia de una Restauración, y cuando entre los políticos había los debates sobre el contenido de tal Restauración, el texto de Ortega era portador de un transparente mensaje político y social : nada de Restauración que fuese un continuismo de la estructura de privilegios sociales impuesta por la dictadura del General Franco.

Laye podía confiar que la adición del problema social, el problema de la educación para todos, una educación de calidad para todos (tema que ya heredábamos desde los días de Qvadrante) podía legítimamente plantearse ante los nuevos políticos restauradores, en cuanto la dimensión política, constitucional, en sentido estricto, ya había sido abordada en público, y a nuestro entender había sido resuelta.

En efecto, en el num. 11 de Alcalá (25 Junio 1952), además de la reproducción de un artículo de Rodrigo Fernández Carvajal previamente publicado en Revista y que reivindicaba la libertad cultural y el respeto por la inteligencia, había aparecido, cubriendo las dos páginas centrales (Alcalá era una revista de gran formato) un extenso ensayo de Gaspar Gómez de la Serna titulado De la Restauración a la Teoría de la Restauración. Procede releer ese ensayo a treinta años, o más, de distancia. Allí está dicho con toda claridad que el único principio intangible en la restauración monárquica era el principio de la continuidad hereditaria. Políticamente, toda Restauración debía ser democrática y sin exclusiones de clase alguna. Debería asimismo restablecerse la libertad religiosa, siguiendo el precedente de una Real Orden de

1910 que interpretaba en sentido amplio la Constitución de 1876. Ahora bien, Gaspar Gómez de la Serna se mantenía dentro de los límites técnicos del ordenamiento constitucional; su respuesta era clara: régimen parlamentario y democrático. Lo que el autor no tocaba era el problema social, en toda su crudeza: los hombres que quedaron muertos por carencia de los libros, la cultura, la educación, el contexto, que tiene derecho a exigir quien ha nacido en una tierra que se dice europea. Y este ineludible asunto era lo que recordaba Laye por la vía, de trasmano, de una cartulina introducida clandestinamente en su penúltimo número.

Como es obvio, si el primer texto (el manuscrito) de Ortega, era susceptible de ser leído con más o menos indiferencia por la gente del Régimen (exceptuados los integristas religiosos y el clero), el segundo texto era un ataque frontal a todo el aparato oficial, incluido el militar que era, por entonces, todavía muy influyente.

Hay que tener en cuenta que en 1953 Laye había alcanzado una difusión que nosotros no sospechábamos. Cuando se recibió un ejemplar de la revista Cigarral, publicada en Toledo, que contenía una cantidad de referencias, e incluso reproducción de textos (una parte de mis Notas apasionadas sobre España), y vimos el tono colectivo de aquella publicación toledana, quedamos un tanto perplejos. Nosotros no habíamos nunca llegado a enfrentar el estamento militar con una cita de Don Santiago Ramón y Cajal que decía que quien no conozca la realidad material de España podrá ser buen soldado pero no puede ser buen patriota...

En estas circunstancias, un artículo de Joan Ferrater en el num. 23 produjo una situación incómoda que amenazaba alienarnos las simpatías de nuestros soportes últimos en el mundo oficial madrileño. En ese artículo Joan Ferrater (Laye, num. 23, pags. 170 a 173) hacía un balance más bien escéptico de la generación de Ridruejo, Lain, etc., y de sus ambiciones generosas y comprensivas de rescatar la entera herencia intelectual española, incluida, claro es, la de todos los pensadores de izquierda. Había opiniones bastante críticas y que, después se vió, eran anticipa-

-ciones bastante lúcidas. Decía Joan Ferrater:

"La situación presente es de suma confusión. El juego limpio que honestamente aconsejara Eugenio d'Ors en un contexto no muy diferente (prólogo a Obra catalana completa) sigue siendo imposible. (...) Como siempre, el optimismo ha resultado ser la peor posición: el fracaso, en conjunto y en detalle, de la 'generación de la guerra', ha sido estrepitoso."

Pocos párrafos antes, Ferrater decía (p. 172):

"Poco margen para el ejercicio de la generosidad ofrece la situación española actual. No merece la pena insistir en ello."

Si pensamos que apenas tres años después un editorial de La Vanguardia (sábado 11 Febrero 1956) llamaba a Ridruejo (quien no se podía defender, pues estaba detenido en Madrid), "resentido, zascandil, tráfuga de la Falange, semimarxista", y otros delicados improperios, la visión de Joan Ferrater sobre el fracaso de la generación ex-falangista, resultaba una visión profética. Ahora bien, desde el punto de vista de los intereses tácticos de Laye y del grupo, su artículo era sumamente inoportuno.

Durante el resto del año 1953 Laye no se publicó. En el estudio de Barry Jordan se dice que el número 24 (último, el que llevaba una gran franja negra) corresponde a Julio-Septiembre 1953. El num. 24 que yo tengo en mi colección dice simplemente, en la página 1, - 1954 - . Si mi memoria es correcta, el otoño de 1953 pasó precisamente con deliberaciones con Gaspar Gómez de la Serna y con J. Pérez Villanueva, sobre el futuro de Laye. Se había perdido el apoyo de que se gozaba dentro del grupo llamado "equipo Ruiz Giménez" en el Ministerio de Educación. Es más: en Barcelona el propio director, Eugenio Fuentes Martín (que estaba ya muy enfermo y sobreviviría apenas dos años a la revista) no deseaba en modo alguno convertirse, malgré lui, en un héroe nacional en la oposición política. La redacción estaba escindida. Había que optar por ser una revista puramente barcelonesa, literaria y cultural, que hablase de arte, de exposiciones, y de poesía catalana, o ser una

especie de permanente manifiesto pedagógico-político lanzado desde Barcelona al resto del país. Lo que no podía seguir siendo era una revista de franco-tiradores, cada uno disparando por su cuenta y en la dirección que le diera la gana.

La primera opción, la de devenir una publicación cultural barcelonesa, sin más, aceptando pasar por la censura previa, era de hecho la opción en la que coincidían el director de Lave y los hermanos Ferrater. La otra opción era más bien la de Pedro Gómez de Santamaría, Manuel Sacristán, y yo mismo.

Teniendo en cuenta el clima político que estaba produciéndose en el país, y que el Régimen había conseguido dos notables éxitos en su política exterior con obvias repercusiones en el interior (el Concordato, y los Acuerdos de defensa mutua con los Estados Unidos, respectivamente Agosto y Septiembre 1953), las posibilidades de desarrollar la segunda opción con nuestras propias fuerzas, eran no solamente muy angostas, sino además intrínsecamente llenas de riesgos personales. No había ni el dinero ni la infraestructura necesarios. Manuel Sacristán, a sus 28 años, estaba terminando el servicio militar (llevado de un imperativo moral, pues había sufrido ya la ablación de un riñón), y por tanto no sólo no tenía tiempo disponible sino que además se hallaba en una situación vulnerable. A. García Seguí había encontrado que en el Cine-Club Universitario era posible, con dinero del Instituto de Estudios Hispánicos, hacer una cantidad de cosas, e incluso publicar una especie de folletos (también sin pasar por censura) que eran, cada uno, una pequeña joya de combate político. De forma que en 1954 nos fuimos, casi la mayoría del grupo, a los seminarios del Instituto de Estudios Hispánicos, donde había, además, el aliciente de tratar directamente con estudiantes y con público que llenaba las salas de conferencias. Así empezó la aventura de Panorama del Porvenir, un curso de conferencias que organicé (1954-1955) y del que se hablará luego. En 1955 la casa-madre en Madrid decidió terminar con la entonces llamada "infiltración marxista" en el Instituto, y Panorama del Porvenir no pudo completarse: Miguel Sánchez Mazas, por entonces director de la revista Teoría, había ya tenido problemas con la censura, y alguien prohibió su presencia en Barcelona.

Th

La muerte de Laye fué el resultado de una conexión de circunstancias. La escisión de la redacción y el hecho de que todos estuviésemos solicitados por otras obligaciones personales y urgentes (o que aparecen urgentes porque se ha vivido alegremente hasta casi los treinta años) fué algo que determinó que cuando llegó al fin la sentencia de muerte, ésta no provocase demasiada rebeldía. Arias Salgado llevó un día al Consejo de Ministros el "problema Laye" como parte de su política de hostigamiento hacia Ruiz Giménez. Aunque Ruiz Giménez defendió a Laye, lo que no estaba en su mano era preservar una posición de privilegio que entraba en la ilegalidad. Así la dirección de la revista recibió un día un oficio de la Dirección General de Prensa en donde se le decía (según parece, pues yo no llegué a ver el documento) que Laye debía regularizar su situación legal (i.e., obtener un permiso de publicación) y además someterse a la censura previa.

Se reunió la redacción, se cerró el número 24, Sacristán puso en la última página aquella estrofa de Garcilaso que reza Sufriendo aquello que decir no puedo, y con éso terminó la aventura.

Procede ahora puntualizar lo siguiente: si Laye se había hecho un nombre, si luego ha sido objeto de unos cuantos estudios por investigadores españoles y extranjeros, no era propiamente como ejemplo de la rebeldía de un grupo juvenil frente al fascismo, rasgo que Laye no poseía en exclusiva. Lo que distinguió a Laye fué el rigor y calidad de unas cuantas colaboraciones, una vez y otra, fuesen de exégesis filosófica, de crítica de textos, de exposición de doctrinas estéticas, de crítica literaria, de documentación histórica, de pedagogía política. En 1953 o 1954 yo envié algunos números a Yale University como canje con la Yale Review, y la bibliotecaria de Yale me escribió a vuelta de correo pidiendo la colección completa. (Incidentalmente añadiré que por aquel entonces el correo transatlántico funcionaba con mucha mayor rapidez y eficacia que ahora). En la biblioteca de Yale pudo consultar la colección Gino Germani

en 1968 para su estudio comparativo de la resistencia juvenil al fascismo en Italia y en España. Meses después, en una entrevista en París, Germani me expresó su admiración por el hecho de que en una ciudad como Barcelona, en las coordenadas internacionales de aquella época, hubiese podido crearse y mantenerse una publicación que en algunos de los números alcanzaba el nivel de las mejores revistas centroeuropeas del periodo entre las dos guerras mundiales.

/